

VEGA, VENTURA DE LA (1807-1865)

DON FERNANDO EL DE ANTEQUERA

Drama histórico en tres actos, en verso.

PERSONAJES:

EL INFANTE DON FERNANDO.

RUY LÓPEZ DÁVALOS, *condestable de Castilla.*

FRAY VICENTE FERRER *(el Santo).*

EL CONDE DE URGEL.

DIEGO LÓPEZ, *justicia mayor de Castilla.*

FERNÁN GUTIÉRREZ DE VEGA, *repostero mayor del infante.*

FERNANDO DE GUZMÁN, *procurador de Toledo.*

DON FADRIQUE, *conde de Trastamara.*

DON SANCHO DE ROJAS, *obispo de Palencia.*

LA REINA DOÑA CATALINA.

EL REY DON JUAN II, *niño de dos años.*

Ricos hombres, caballeros, escuderos, pajes, procuradores, reyes de armas, soldados, etc.

La acción pasa en Toledo en el año de 1407.

ACTO PRIMERO

El teatro representa el claustro que da frente a la capilla del arzobispo don Pedro Tenorio, en la catedral de Toledo. Hay a la izquierda del actor una puerta que conduce a la iglesia: a la derecha los arcos que dan al jardín. Los personajes que vienen de lo exterior salen por la derecha del foro, que es por donde se supone que continúa el otro lado del claustro que hace ángulo con el que figura la escena.

Escena I

EL CONDESTABLE, DON DIEGO.

(Ambos salen de la iglesia.)

EL CONDESTABLE

En este claustro, don Diego,
quiero hablaros un instante,
en tanto que se concluyen
los solemnes funerales
que por el alma de Enrique
nuestro Rey, que en paz descansa,
se están celebrando.

DIEGO

Bien
habéis hecho, condestable,
en sacarme de la iglesia.
¡Dejadme por Dios, dejadme
que vuelva en mí!... Me ha asombrado
la elocuencia de ese fraile.

EL CONDESTABLE

¡A quién no admira y suspende
siempre que los labios abre
ese apóstol milagroso
de evangélicas verdades!

DIEGO

De fray Vicente Ferrer
se cuentan prodigios grandes:
y al ver lo que a mí me pasa
cuando acabo de escucharle,
que de congoja en el pecho
el corazón se me parte,
no extraño ya que convierta
con sermones de esta clase
los moriscos a docenas,
los judíos a millares.
¡Dios mío! Si de tal suerte
me ha edificado, que casi
estoy tentado por ir
a un monasterio a encerrarme!...

EL CONDESTABLE

No, don Diego, sosegaos;
y ese fervor empleadle
en servicio de la patria,
que reclama en este instante
vuestro apoyo.

DIEGO
¿El mío?

EL CONDESTABLE
Sí,

DIEGO
¿De qué manera?

EL CONDESTABLE
Escuchadme.
Desde que víctima al fin
de su dolencia constante
murió nuestro rey, Castilla
está sin rey que la mande.

DIEGO
¡Cómo sin rey! Pues decid:
¿en Segovia con su madre
no está el príncipe de Asturias?

EL CONDESTABLE
¡Príncipe de Asturias! Nadie
le ha proclamado en Castilla.

DIEGO
Es cierto que a proclamarse
no llegó; mas...

EL CONDESTABLE
Si don Juan,
que dos años no cabales
cuenta de edad, sube al trono,
será lo que os dije antes:
que tendrá Castilla rey,
pero no rey que la mande.
¡Y en qué ocasión, santo Dios!
Portugal por una parte,
con el recuerdo orgullosa
de Aljubarrota, al combate
se apresta, y romper intenta
las mal concertadas paces.
El moro rey de Granada,
faltando al pleito-homenaje,
nos niega el tributo. El duque
de Benavente escaparse

de su prisión ha logrado,
y al frente de sus parciales
subir al trono pretende.
Y a tantas calamidades,
¿qué opone Castilla? ¡Un rey
de dos años... y durante
su menor edad, discordias,
tumultos, que, por alzarse
con el poder, moverá
la ambición de nuestros grandes!
Don Diego, evitar conviene
que vuelvan a renovarse
los odios que se encendieron
en época no distante,
y que el reinado del hijo
empiece como el del padre.

DIEGO

Infundado es el temor:
los casos no son iguales.
Niño y solo don Enrique
cuando el trágico desastre
del rey su padre, no extraño
que a la regencia aspirasen
los varones de más cuenta.
Mas, ¿quién habrá que levante
el pensamiento a esa altura
hoy que, con derechos tales
como ser tío del rey,
tiene Castilla un infante,
el infante don Fernando,
cuya prudencia admirable,
cuyo valor sin segundo,
cuya justicia le hacen
de todos cuantos le ven
conquistar las voluntades?
En las Cortes que en Toledo
quiso el rey que se juntasen,
a las que ya no pudiendo
asistir por sus achaques,
mandó en su nombre a su hermano,
Ruy López, ¿no le admirasteis
como le admiramos todos?
¿No visteis cuán arrogante
pidió a los procuradores
de las villas y ciudades

que para la santa guerra
contra el granadino alarbe
de un millón de oro en dineros
el servicio le otorgasen?
¿No le visteis cuán brioso,
oprimiendo los ijares
del fogoso palafrén,
salió del Tajo a la margen,
y a la numerosa hueste
de caballos y de infantes
pasó reseña, aclamado
por vítores a millares?
Vedle allí, de devoción
modelo, humilde postrarse
al pie del túmulo regio
donde el rey su hermano yace,
vertiendo lágrimas tiernas...
Mas ¿a qué me canso en balde
en elogiaros sus prendas,
si acaba de hacerlo el padre
fray Vicente en su sermón
con elocuencia tan grande?
Él «esperanza de un reino»
le llamó: bien lo escuchasteis...
Y vos que desde su infancia
sois su amigo inseparable,
y que mejor que ninguno
debéis saber cuánto vale,
extraño que al verle asir
el timón de aquesta nave,
tanto temáis que zozobre
entre recias tempestades.

EL CONDESTABLE

Cuantos elogios hacéis;
cuantos hizo el venerable
religioso; cuanto el mundo
entero pueda elogiarle,
aún no es posible, don Diego,
que a igualar jamás alcance
a la alta opinión que tengo
de sus raras cualidades.

DIEGO

Pues entonces...

EL CONDESTABLE

«Esperanza
de un reino» oísteis llamarle:
pues escuchad el enigma
que encierra la triste frase
de ese oráculo cristiano.
Sin hijos que le reemplacen
en el trono de Aragón,
el rey don Martín nombrarse
quiere un sucesor. Alega,
entre varios aspirantes,
don Jaime, conde de Urgel,
los derechos de su sangre;
y aunque cuenta en los tres reinos
gran número de parciales,
el rey don Martín se inclina
a don Fernando, que añade
al título de sobrino
altas prendas personales.
¡Ah!, no hay duda: le veréis
en aquel trono sentarse.
Fray Vicente, como es justo,
quiere a su patria llevarle;
y ese reino de quien dijo
que era esperanza el infante,
es Aragón, no Castilla.
Ved si en circunstancias tales
son fundados mis temores.

DIEGO

Pero el riesgo está distante.
Aún vive el rey don Martín...

EL CONDESTABLE

Escuchad, don Diego, aparte.
El riesgo está muy cercano.
Avisos confidenciales
me anuncian que su salud
infunde temores graves.
Postrado en el lecho está,
y se aguarda por instantes
su muerte. De esta noticia
don Fernando nada sabe,
y antes que Aragón al trono
en daño nuestro le llame,
cansados ya de disturbios

los prelados y los grandes,
y cada cual receloso
de que un rival se levante
con el poder, y Castilla
quede entregada al embate
de encontradas ambiciones,
si no hay rey que las ataje;
en don Fernando hemos puesto
los ojos, y por dictamen
de todos se ha decidido
hoy mismo...

DIEGO
¿Qué?

EL CONDESTABLE
¡Coronarle!

DIEGO
¡Qué decís!... -Pero la reina
es natural que reclame
del niño don Juan su hijo
los derechos...

EL CONDESTABLE
Será en balde.
Retirada a vida obscura,
atenta a los maternales
cuidados, sin que del trono
haya gozado un instante,
ni la ambición la domina,
ni tiene en el reino a nadie
que alce en su favor la voz.
Mas para evitar que trate
de intentarlo, a vos, don Diego,
como el más fiel y el más hábil,
encomendamos la empresa.
En tanto que aquí al infante
proclamamos, vos, tomando
diez lanzas que os acompañen,
partís al punto a Segovia
y lleváis nuestro mensaje
a la reina.

DIEGO
¡Yo, Ruy López!...

EL CONDESTABLE

Y cuando hagáis que se embarque
en Fuenterrabía, y lleve
sus hijos al patrio margen
del Támesis, do tranquila
en el hogar de Alencastre
sus años felices vea
en dulce paz deslizarse,
volved, don Diego, a Toledo,
donde, a pesar de rivales
que vuestro cargo ambicionan,
seréis como fuisteis antes
justicia mayor del reino;
con la gloria de que a nadie
sino a vos será deudor
de su corona el infante.

DIEGO

Si es la voluntad de todos...

Escena II

DICHOS, DON FADRIQUE, UN ESCUDERO.

FADRIQUE

¡Tristes nuevas, condestable!
Este escudero que llega
de la frontera las trae.
El moro ha roto la tregua;
y con huestes formidables
metiéndose por Baeza,
no hay quien sus fuerzas ataje.

EL CONDESTABLE

¡Esto más!

FADRIQUE

Hasta Quesada
se extiende ya. Los alcaides
que guardan las fortalezas
cercanas a aquella parte,
en vano oponer quisieron
su valor al fiero enjambre

de bárbaros: arrollados
por el número, su sangre
vertieron, quedando muertos
en tan desigual combate
muchos nobles caballeros:
Garci-Osorio, Martín Sánchez
de Rojas, el mariscal
Juan de Herrera...

DIEGO
¡Oh lamentable
suceso!

EL CONDESTABLE
Ya veis, don Diego,
ya veis las plagas que caen
sobre Castilla...

FADRIQUE
Castilla
nos pide un rey que la salve.

EL CONDESTABLE
¡Y lo tendrá!

FADRIQUE
¡Lo tendrá!

EL CONDESTABLE
Entrad, escudero, y dadle
al infante la noticia:
en la iglesia está: no os pare
el temor de interrumpir
su oración: llegad a hablarle.
Entrad pronto.

(El escudero entra apresurado en la iglesia.)

Escena III

EL CONDESTABLE, DON DIEGO, DON FADRIQUE.

EL CONDESTABLE
No perdamos

la ocasión. En este instante
acalorada su mente
con las preces funerales,
con el enlutado templo,
con la elocuencia del padre
Vicente, al oír la nueva
es fuerza que más se exalte;
y aprovechando nosotros
momento tan favorable,
ante el riesgo de la patria
le haremos ceder.

FADRIQUE

Las calles
que he recorrido, ocupadas
por la militar falange
se miran ya. La impaciencia
pintada está en los semblantes.
Todos cercan los tablados,
esperando que se alcen
los pendones por el rey;
y con fieros ademanes
gritan a una voz que sólo
por don Fernando han de alzarse.

DIEGO

¡Es posible!

EL CONDESTABLE

Diego López
parte a Segovia a llevarse
a la reina y a su hijo.

DIEGO

Ya que a príncipe tan grande
toda Castilla proclama,
no ha de haber quien me aventaje
en decisión...

FADRIQUE

Partid, pues.

EL CONDESTABLE

No os detengáis.

DIEGO

Al instante.

(Se va por el foro.)

Escena IV

EL CONDESTABLE, DON FADRIQUE.

FADRIQUE

(Siguiéndole con la vista.)

¿Será fiel?

EL CONDESTABLE

Su interés propio
le pone de nuestra parte.
Ninguno ayer de esta odiosa
comisión quiso encargarse.
Mas don Diego, que en intrigas
cortesanas es muy hábil,
y como letrado astuto
hallar argumentos sabe,
en virtud de la promesa
solemne de confirmarle
justicia mayor, lo hará
como ninguno.

FADRIQUE

¿Olvidasteis
que era mi intención pedir
al nuevo rey que nombrase
justicia mayor del reino
a un deudo mío?

EL CONDESTABLE

¿Y no vale
más conquistar un amigo
que tal servicio nos hace?

FADRIQUE

¿Empezáis ya a repartir
del reino las dignidades?

EL CONDESTABLE

¿Y vos a pedir el precio

de vuestro apoyo?

FADRIQUE

Mostrarse
debe el rey agradecido
con quien le hace rey.

EL CONDESTABLE

Es fácil
que se equivoque quien piense
en el trono colocarle,
con el fin de que un valido
a los castellanos mande.

FADRIQUE

Si no sois vos el valido,
es posible que se engañe.

EL CONDESTABLE

¡Yo!... ¿Qué decís?...

FADRIQUE

Recordad
que con el fin de que acaben
para siempre entre nosotros
sangrientas rivalidades,
y ante un rey que fuerte sea
todos quedemos iguales,
ayer pactamos de acuerdo
dar la corona al infante.

EL CONDESTABLE

Pues bien: si propicio el cielo
favorece nuestros planes,
veréis quién es el mancebo
que con humildad tan grande
sufrió de su adusto hermano
no merecidos desaires.
Si desde su edad más tierna
quiso benigno prestarse
a mis consejos, en breve
podrá Castilla juzgarme.
Suba don Fernando al trono,
y ningún miedo os espante;
que no seré yo el valido,
ni vos lo seréis, ni nadie.

FADRIQUE

Pasos oigo, y me parece
que aquí don Fernando sale.

EL CONDESTABLE

Esta es la ocasión. El cielo
me dé su apoyo.

(Dos pajes salen de la iglesia, y uno dice desde la puerta:)

PAJE

¡El infante!

Escena V

DICHOS, DON FERNANDO, RICOSHOMBRES, CABALLEROS.

(Salen de la iglesia.)

FERNANDO

Condestable, ¿sabéis la triste nueva?

EL CONDESTABLE

El mancillado honor de nuestras armas
venganza pide al cielo.

FERNANDO

Sí, la pide;

¡y yo en su nombre le daré venganza!

La noble empresa que mi hermano Enrique
con generoso esfuerzo proyectaba,

yo cual legado suyo la recibo

y con ardor la acabaré mi espada.

Ora en el templo, al escuchar la nueva,

juré sobre el cadáver del monarca

su voluntad cumplir. Ardió mi pecho

en guerrero valor. Ya en las plegarias

fúnebres escuchar me parecía

los himnos de victoria, y en las altas

cornisas ver, colgadas por mi mano,

las banderas al moro conquistadas.

Por vos pregunto y a buscaros salgo.

Disponed, condestable, sin tardanza

que el ejército todo se reúna:
su caudillo seré. Pronto la fama
a deciros vendrá si los consejos
que de vos recibí grabé en el alma.

EL CONDESTABLE

Ese brío marcial llena mi pecho
de júbilo, señor. -Mas antes falta
que al gobierno del reino se provea;
y que al llevar la guerra a otra comarca,
una guerra más cruda, más terrible
no alimente Castilla en sus entrañas.
Castilla está sin rey.

FERNANDO

Tendralo en breve.
Por orden mía alzados en la plaza
los tablados están. Mandad que en ellos
en el instante, con la pompa usada,
se levanten pendones a mi vista
por don Juan el segundo.

EL CONDESTABLE

¿Y qué esperanza
queréis, señor, que en ese débil niño
de ventura y de paz funde la patria?

FERNANDO

Fúndela en mí, que, hasta cumplir los años
que al rey menor las leyes le señalan,
por voluntad de mi difunto hermano
sabré a Castilla gobernar.

EL CONDESTABLE

No manda
quien el poder divide. El testamento
de don Enrique nuestro rey me encarga,
cual fiel ejecutor de sus mandatos,
que el gobierno del reino se reparta
entre vos y la reina.

FERNANDO

Y bien, la reina...

FADRIQUE

No ha nacido en Castilla, y esto basta.

EL CONDESTABLE

Débil mujer, ajena de experiencia,
de la corte y del trono retirada,
en su misma flaqueza a cada paso
un estorbo hallaréis. La envidia baja,
la torpe adulación, la sorda intriga,
monstruos que siempre en los palacios vagan,
presto os dividirán; y a pesar suyo
la harán al fin, altiva y deslumbrada,
el placer de reinar, que hoy desconoce,
para ella sola ambicionar mañana.
Ni ella ni vos gobernaréis entonces.
Por bandos mil Castilla destrozada,
al arrogante portugués y al moro
no podrá resistir, y en mengua tanta
vuestro error lloraréis. ¡Señor, no puede
cual monarca reinar quien no es monarca!

FERNANDO

¿Qué me dais a entender?...

Escena VI

DICHOS, UN ESCUDERO.

ESCUADERO

Señor, en nombre
de los procuradores, os demanda,
a fin de presentaros un mensaje,
audiencia el de Toledo.

FERNANDO

Dadle entrada.

Escena VII

DICHOS, FERNANDO DE GUZMÁN, y otros dos procuradores.

(El infante se coloca a un lado, a la cabeza de los grandes. Los procuradores se paran enfrente de él.)

FERNANDO

Ya os escucho: decid.

GUZMÁN

Señor: instados
por el rey don Enrique, que Dios haya,
nos, los procuradores de estos reinos,
a ayudarle en la guerra que intentaba
a los moros hacer de Andalucía:
a pesar de lo exhaustas que se hallan
las villas y ciudades, le ofrecimos
un millón de oro. Mas pues Dios acaba
de llamarle a su seno, ya las Cortes
retiran el servicio.

FERNANDO

¿Por qué causa?

GUZMÁN

Señor, el rey que lo pidió no vive.

FERNANDO

Mas vivo yo, que con igual constancia
haré la guerra, y con igual denuedo...

EL CONDESTABLE

¡Y con mayor tal vez!

GUZMÁN

Tales demandas,
que la miseria pública acrecientan,
sólo al rey, por respeto, se otorgaban.

EL CONDESTABLE

Cierto: y vos no lo sois. A vuestro hermano
débil, doliente, moribundo, nada
negaron: era rey. -A vos, robusto,
vigoroso, dispuesto, os lo rechazan.

FERNANDO

¿Posible es que las Cortes desconozcan
la urgente utilidad de esta campaña?
¿En los sangrientos campos de Baeza
no escucháis los clamores de venganza
de tantos esforzados caballeros
muertos por la traición? Y cuando aguarda

el castellano ejército, sediento
de gloria y lauros, la señal de marcha,
¿renunciaremos a tan alta empresa?
¿Consentiremos que la infiel canalla,
talando campos, demoliendo templos,
asolando el país, doble su audacia,
y hasta los mismos muros de Toledo
la media luna vencedora traiga?

EL CONDESTABLE

Un medio hay de evitarlo.

FERNANDO

¿Cuál? Decidlo.

EL CONDESTABLE

¡Que os ciñáis la corona castellana!

FERNANDO

¡Yo!... ¡Condestable!... ¿Qué decís?...

EL CONDESTABLE

Infante:

Castilla toda por mi boca os habla.

No receléis de usurpador el nombre.

Sabe el mundo quién sois, y que esa mancha
ennegrecer no puede al que fue siempre
modelo insigne de virtudes tantas.

Vos no usurpáis el trono: os le da el pueblo;
que es de remota edad costumbre sabia.

El transmitir un padre por herencia

la corona que honró con sus hazañas
a un hijo que tal vez con torpes vicios

da segura señal de deshonorarla,
práctica fue que estableció en mal hora
el crecido poder de los monarcas.

Por voluntad de todos y entre todos
al más digno, otro tiempo, se entregaba
la corona real; y este derecho
hoy con razón Castilla lo reclama.

Sí, con harta razón. Volved los ojos
a los días, señor, de vuestra infancia,
y contemplad por lo que entonces visteis
el triste porvenir que nos aguarda.

Vos lo podéis trocar, subiendo al trono,
en porvenir de paz, dando a la fama

vuestro feliz reinado asunto digno
que en la futura edad el mundo aplauda.
¿Vos de quién descendéis? Si vuestro abuelo
a su hermano don Pedro con las armas
vida y trono arrancó, y él y sus hijos
y sus nietos en paz dichosa y larga
cual legítimos reyes gobernaron;
¿no será más legítima y más santa
la autoridad que, sin deberla al crimen,
de su libre elección os da la patria?
Cuando os extiende, en el común peligro,
las suplicantes manos; cuando os llama,
no al ocio, no, sino a vengar la afrenta
de Aljubarrota y de Baeza, ¿en calma
la podréis escuchar? -Cuidad no sea
que, si a sus ruegos le volvéis la espalda,
a flaqueza más bien y a desaliento
lo atribuya Castilla. -¡Ah, no, se engaña!
Su salvación en vuestros ojos leo...
Caballeros, llegad. Sobre la espada
rey le juramos.

TODOS

Sí.

EL CONDESTABLE

Procuradores,
otorgad el servicio. Reyes de armas,
por don Fernando el quinto alzad pendones.
¡Tenemos rey! ¡Castilla está salvada!

FERNANDO

Tened, tened. -Aprecio, caballeros,
y eternamente grabaré en mi alma,
que mostréis del valor de mi persona
tal crédito tener. -Esta demanda
que grandes, ricoshombres, caballeros,
me presentan unánimes, dictada
no puede ser por míseras pasiones,
por odio antiguo y criminal venganza...
No: sólo el bien del reino es el que os mueve:
quíero lo así creer. Mas si arrastrada
de patrio celo, la conciencia os dicta
tan dura obligación, a mí me manda
que también a mi vez cumpla la mía...
rechazando esa oferta. -No es de tanta

codicia en mí ser rey, que menosprecie
el eterno borrón, la negra infamia
de despojar a un inocente niño,
sin más apoyo ni defensa humana
que el llanto de una madre viuda y sola,
y faltar a la fe por mí jurada
a un rey, a un padre que en mi honor confía.
No, castellanos. La señal más alta
con que mi gratitud mostraros puedo
es daros hoy por rey, sin más tardanza,
al hijo de mi hermano. -Su edad tierna
no os inspire temor: fuerza sobrada
hay en mi corazón, hay en mi brazo
para afirmar su trono. Si levanta
sus estandartes el rebelde duque:
si rompiendo los pactos Lusitania
sus quinas junta a la morisca luna,
a su encuentro volem, y mi lanza,
cual si mi propio trono defendiera,
la primera será. ¡La noble causa
que juro sostener, a Dios confío!...

Escena VIII

DICHOS, FRAY VICENTE FERRER, *que sale de la iglesia.*

FRAY VICENTE

¡Y dios la acepta, y la victoria os guarda!

EL CONDESTABLE

(¡Fray Vicente Ferrer! ¡Oh contratiempo!)

TODOS

(Inclinándose ante él.)

¡Padre!

FADRIQUE

Padre, llegad. Esa palabra,
alto don que del cielo recibisteis,
cuya elocuencia milagrosa es fama
que mueve a gentes de diversas lenguas,
cual si en la suya propia les hablara,
suene en bien de Castilla, y poderosa
nuestra razón apoye.

FRAY VICENTE

Será vana;
que donde no hay verdad no hay elocuencia;
y esa razón que predicáis es falsa.

EL CONDESTABLE

¿Falsa decís?...

FADRIQUE

La salvación del reino
sólo por tal camino se afianza...

FRAY VICENTE

¡Nunca por el camino del delito
ni hombres ni reinos salvación alcanzan!

EL CONDESTABLE

¡Hijo del Turia sois!... ¡Queréislo todo
para Aragón; para Castilla nada!

FRAY VICENTE

Mi ley es la de Dios: mi patria el mundo.
Do la justicia está, mi voz la ensalza;
y do la iniquidad mis ojos miran,
allí impávido corro a contrastarla.
Vedme aquí, pues. En vano vuestro intento
con mentiroso nombre se disfraza:
razón de estado la llamáis vosotros;
mas ante Dios, iniquidad se llama.
(*Al infante.*)

Señor, cuya virtud en este día
más alto que los tronos os levanta:
si desde esa grandeza verdadera
no miráis con desdén la pompa humana;
si os place descender de las alturas
de la humildad a las mezquinas gradas
de un pobre trono de la tierra, un trono
en galardón los cielos os preparan.
Dios os lo anuncia por mi voz. Oídme.
Rendido al peso de la edad cansada,
don Martín de Aragón ya comparece
al tribunal divino... De su hermana
doña Leonor sois hijo: él no los tiene;
y a vos, infante, su corona os guarda.

FERNANDO

La acepto, padre; que en mis venas corre
sangre de reyes que a reinar me llama.
Yo ambiciono a mi frente una corona
legítima ceñir: nunca usurpada.

EL CONDESTABLE

¿No sabéis que rivales poderosos
la pretenden también?

FERNANDO

La justa causa
de mis derechos vencerá. Con orden
que al intento le di, junto al monarca
está Fernán Gutiérrez, que en mi nombre
los sabrá defender.

EL CONDESTABLE

También se halla
en Barcelona el ambicioso conde
de Urgel, que audaz la sucesión reclama.
Numerosos parciales le obedecen:
temed, señor, que al fin...

FRAY VICENTE

No temáis nada.
Los grandes de Aragón, siempre leales,
el testamento de su rey acatan.

FERNANDO

Como vos, condestable, el de mi hermano
debierais acatar.

EL CONDESTABLE

Señor, la patria...

FERNANDO

¡Vos, su testamentario! ¡Vos, su amigo!...

EL CONDESTABLE

Castilla es antes, y a su ruina marcha.
No por el de Aragón dejéis su trono.
Castellano nacisteis: castellana
vuestra esposa nació: los hijos vuestros
también en esta tierra infortunada
vieron la luz del sol, en esta tierra

que abandonáis a su desdicha...

FERNANDO

Basta:

condestable, no más. -Mandad que al punto se proclame a don Juan.

Escena IX

DICHOS, UN ESCUDERO

ESCUADERO

Al regio alcázar,
con nuevas de Aragón, en este instante
Fernán Gutiérrez de llegar acaba.

TODOS

¡Fernán Gutiérrez!

ESCUADERO

De impaciencia lleno,
por vos pregunta, y hacia aquí la planta
presuroso dirige.

FERNANDO

Andad: que venga,
que llegue.

(Vase el escudero.)

FRAY VICENTE

¡La virtud su premio alcanza!
La nueva os trae que os anunció mi labio.

EL CONDESTABLE

¡Y con ella la ruina de mi patria!

Escena X

DICHOS, FERNÁN GUTIÉRREZ.

(Fernán Gutiérrez, apresurado y cubierto de polvo, dobla la rodilla ante don Fernando.)

FERNANDO
¡Él es!

GUTIÉRREZ
¡Señor! ¡Señor!

FERNANDO
Alzad.

GUTIÉRREZ
Ha muerto
don Martín de Aragón.

FERNANDO
¿Y a quién señala
por sucesor del reino?

GUTIÉRREZ
A nadie.

FERNANDO
¡A nadie!

EL CONDESTABLE

(Aparte a los grandes, que se acercan a escuchar con interés.)

¡Oíd!

GUTIÉRREZ
A las diversas embajadas
que oyó el rey don Martín, y en que a la herencia
de su trono derechos se alegaban
por el conde de Urgel, el de Gandía,
don Fadrique el bastardo, el rey de Francia,
y por vos, que con títulos mejores
la sucesión pedíais, el monarca
con grave continente: «Nadie, dijo,
más derechos que el hijo de mi hermana
a mi corona tiene. Don Fernando,
infante de Castilla, se adelanta
por más cercano parentesco a todos:
esto me dicta la conciencia.» -Callan
al escucharle, y se divulga al punto
la resuelta elección. Los días pasan;

y estando don Martín en Valldoncella,
monasterio cercano a las murallas
de Barcelona, acometer se siente
de dolencia mortal. La nueva infausta
los ánimos altera: al monasterio
corren los consellers con el ansia
de recoger su voluntad postrera:
en la celda penetran, y le hallan
desencajado, moribundo, dando
el último suspiro; y con turbada
faz y altivo ademán, junto a su lecho
la condesa de Urgel.

TODOS
¡Cielos!

GUTIÉRREZ

En alta
voz preguntan al rey: «Señor, decidnos,
a quién dejáis el trono.» El rey callaba:
y la condesa con agudos gritos,
moviéndole furiosa por que hablara,
«respondedles, decía, respondedles
que a mi esposo elegís: ¡soy vuestra hermana!»
En vano fue: sus labios no se abrieron;
y en tan fatal silencio, rindió el alma.
Cunde la nueva: los diversos bandos
se empiezan a agitar. Mi voz reclama
vuestro justo derecho... -De improviso
llega el conde de Urgel: corre a las armas
el inmenso tropel de sus parciales,
que acaudillan Cardonas y Moncadas;
y cediendo el derecho a la violencia,
rey de Aragón al conde se proclama.

TODOS
¡Rey de Aragón!

GUTIÉRREZ

Con riesgo de la vida
logro salir de la ciudad. La marcha
apresurando, a Zaragoza llevo:
¡igual tumulto allí! Por rey alzaban
los de Alagón y los de Luna al conde;
y al arzobispo, que la justa causa
de los derechos vuestros defendía,

dieron muerte sacrílega. -Con harta
pena, a contaros el tremendo caso
vengo a Toledo; y al entrar, en plazas
y calles oigo muchedumbre inmensa
de soldados y pueblo que con ansia
me gritan al pasar: «Fernán Gutiérrez,
venid. -¡Castilla sus pendones alza
por don Fernando el quinto!» Al escucharlos,
en regocijo mi dolor se cambia;
y ya del conde y de Aragón me olvido,
y corro enajenado a vuestras plantas.

EL CONDESTABLE

Señor, en los sucesos de este mundo,
y no en preñados vaticinios, clara
la voluntad de Dios se manifiesta.
Ved aquí su sentencia pronunciada.
Esto es que el trono de Aragón os quita,
porque aceptar el de Castilla os manda.

FERNANDO

¡No, condestable! Esto es más bien que el cielo
no me llama a reinar.

FRAY VICENTE

Esto es que osada
la vanidad del hombre alzarse quiere
a penetrar misterios que no alcanza.
Una es siempre la senda que inflexible
nuestra propia conciencia nos señala.
Sígala cada cual, sin que le tuerza
de los sucesos la fortuna varia.
Vuestra senda sabéis, yo sé la mía:
sigámosla, señor, con fe cristiana.
Os dejo aquí luchando valeroso
con la propia ambición, con las instancias
de un extraviado celo: tentaciones
que a los mortales débiles halagan;
y yo parto a Aragón. Se alza un tirano
allí, y allí mi obligación me llama.
A su presencia iré, y en sus oídos
retumbará con hórridas palabras
la maldición que en nombre de los cielos
mi voz al fiero usurpador prepara.

(Se va por el foro.)

Escena XI

DICHOS, *menos* FRAY VICENTE.

FERNANDO

¡Ah! ¡La santa verdad mueve su labio!

GUTIÉRREZ

Quizá la muerte en Aragón le aguarda;
que ese conde feroz y sus secuaces
ni a los ministros del Señor acatan.

FERNANDO

Y ese traidor le usurpa al hijo mío
un trono que era suyo. ¡Oh negra infamia!
Mas él lo ha dicho: maldición eterna
sobre el usurpador los cielos lanzan:
no caerá sobre mí.

EL CONDESTABLE

¿Quién ha pensado
jamás, señor, que sobre vos recaiga?
Sabedlo todo en fin: nuestra conciencia
con el borrón de usurpadores carga,
si hay en esto borrón. Lo que os pedimos
no es que usurpéis un trono con la espada:
es que un trono ocupéis... que está vacío.

FERNANDO

¡Vacío el trono! ¿Qué decís?

EL CONDESTABLE

La planta
ya, señor, Diego López a Segovia
veloz encaminó; y allí se encarga
de hacer, por orden mía, que a Inglaterra
la reina viuda con sus hijos parta.

FERNANDO

¡Traidor!

EL CONDESTABLE

Seré traidor. -Subid al trono...

y allí mandad que mi cabeza caiga.

FERNANDO

Caerá. -Y el que obedezca de vosotros
y al punto en pos de Diego López salga
a estorbar la traición, de condestable
el cargo heredará. Vos, Trastamara...
Vos, Manrique... ¿Ninguno me obedece?
Iré yo mismo con los hombres de armas.

FADRIQUE

Señor, ninguno os seguirá.

FERNANDO

¡Ninguno!...
Condestable, ¿qué es esto?

(Un paje se acerca al infante y le presenta la corona doblando la rodilla: todos le cercan.)

EL CONDESTABLE

A vuestras plantas
rodando la corona de Castilla
sin dueño está. Cien brazos se preparan
a disputarse en intestinas lides
su ansiada posesión. Señor, tomadla.
Tomadla vos... o la veréis hundirse
en un lago de sangre castellana.

(Don Fernando contempla agitado la corona.)

FERNANDO

¡Señor!, ¿qué me ordenáis?

Escena XII

DICHOS, EL ESCUDERO.

ESCUADERO

La reina llega.

TODOS

¡La reina!

EL CONDESTABLE

¿Qué decís?

ESCUDERO

Acompañada
del justicia mayor, que de Toledo
iba a salir cuando su alteza entraba.

EL CONDESTABLE

¡Fatalidad!...

FADRIQUE

¡Y no la ha detenido!...

FERNANDO

¡Me he salvado!

ESCUDERO

Hacia aquí mueve la planta,
trayendo de la mano al tierno niño
que al lado suyo vacilante marcha.

EL CONDESTABLE

¿Y el pueblo? ¿Y los soldados?

ESCUDERO

Con adustos
ojos la miran, la abren paso, y callan.

EL CONDESTABLE

(Al infante.)

¿Lo oís? El voto general se muestra.
No hagáis que ese silencio que ora guardan
se trueque en desacato. Yo a su encuentro
voy a salir: la llevaré al alcázar...

FERNANDO

¡Condestable, escuchad!...

EL CONDESTABLE

Señor...

FERNANDO

(Aparte a Dávalos.)

¡Soy padre!...
¡No tentéis mi virtud!

(Dirígese rápidamente al foro y desaparece por el claustro, seguido de Fermín Gutiérrez.)

FADRIQUE

¡No hay ya esperanza!

EL CONDESTABLE

Sí; que el amor de padre ha despertado
la ambición en su pecho. Sólo falta
que el trono esté vacío.

FADRIQUE

¿Y de qué suerte?...

EL CONDESTABLE

La reina es débil, y a sus hijos ama
con delirio también: no desmayemos.
El riesgo que inminente amenazaba
de que a Aragón partiese don Fernando,
desvanecido está. Ya con más calma
al concertado fin marchar podemos.

FADRIQUE

¡Ya se acercan aquí!

EL CONDESTABLE

¡No temáis nada!

Escena XIII

DICHOS, LA REINA, DON FERNANDO, DON DIEGO, EL REY NIÑO,
FERNÁN GUTIÉRREZ, DAMAS.

(La reina, de luto, trae de la mano al niño don Juan: dos damas, también de luto, la siguen.)

LA REINA

Antes de buscar reposo,
en el templo quise entrar
y al Dios del cielo rogar,
por el alma de mi esposo.
Aquí yace, hijo querido,
el padre que te dio el ser:

¡tú no puedes conocer,
tierna flor, lo que has perdido!
Ignóralo, ya que Dios
a esa edad penas te envía:
yo tengo llanto, alma mía,
para llorar por los dos.
Mas ¡ay!, respira, que el cielo
su rigor depone ya,
y bondadoso nos da
junto a la pena el consuelo.
Pues no bien a los umbrales
del santo templo llegamos,
donde de un padre buscamos
los despojos funerales,
cuando Dios en su bondad
consuela a tu triste madre,
dándole un segundo padre
que te ampare en tu orfandad.

FERNANDO

Como noble y como hermano,
contad, señora, conmigo.

LA REINA

De vuestra sombra el abrigo
no vine buscando en vano,
y vosotros, caballeros,
que cual vasallos de ley
lloráis la muerte del rey
con semblantes lastimeros,
la gratitud aceptad
de mi maternal cariño,
y acoged al tierno niño,
que fío a vuestra lealtad.
No bien la infausta noticia
llegó veloz a mi oído,
que siempre más ha corrido
la infausta que la propicia,
con la prenda de mi amor
dejé a Segovia, angustiada,
y de Toledo a la entrada
hallé al justicia mayor,
que en nombre vuestro sin duda
iba a buscarme, y turbado
por el dolor, no ha acertado
a hablar a la triste viuda.

Y el pueblo, al verme pasar,
con su silencio mostraba
que mi presencia doblaba
su tristeza y su pesar.
Vedle en fin: aquí tenéis
este vástago real
que en el trono paternal
hoy mismo colocaréis.
Ya he visto que vuestro amor
alzó el tablado en que debe
por rey proclamarse en breve
de mi esposo al sucesor.
¡Dios te conserve, hijo amado,
feliz como yo le pido!
¡Dios bendiga, oh rey querido,
los años de tu reinado!

FERNANDO

Condestable, el rey mi hermano
a vos el fiel cumplimiento
legó de su testamento.
Su precepto soberano
leed, pues juntos aquí
su viuda y su hijo están.

EL CONDESTABLE

Vuestros deseos serán
satisfechos. Dice así:

(Leyendo.)

«En el nombre de Dios, ordeno y mando: que hasta que el príncipe don Juan mi hijo haya edad de catorce años cumplidos, sean regidores y gobernadores de sus reinos y señoríos la reina doña Catalina, mi mujer, y el infante D. Fernando, mi hermano, ambos a dos juntamente.»

LA REINA

¡A mí!, a una débil mujer
gobernar el reino encarga!
No: con tan pesada carga
mis hombros no han de poder.
Vos, hermano, en nombre mío,
vos, de altas prendas dotado,
gobernad solo el Estado:
yo mi derecho os confío.
Si alguna vez interviene

el poder que me da el rey,
será cuando dura ley
derramar sangre os ordene.

FERNANDO

Ya lo oís. En mi persona
cede su derecho todo:
yo gobierno de igual modo
que ciñendo la corona.
Procuradores: la guerra,
en nombre de mi sobrino,
declaro al rey granadino
que ha invadido nuestra tierra.
Y para salir al punto
a batallar con el moro,
os pido el millón en oro
que dabais al rey difunto.

GUZMÁN

Haré a las Cortes saber
lo que entrambos demandáis.

(En actitud de marchar.)

LA REINA

¡Tened, tened! ¿Qué intentáis?
¿La guerra queréis hacer?

FERNANDO

La guerra que el rey mi hermano
declaró al moro enemigo.

LA REINA

¡Callad! No contéis conmigo
para ese empeño inhumano.

FERNANDO

¡Señora! Mirad que en esto
cumplimos su voluntad.
La guerra es justa: mirad
que todo se halla dispuesto.
Juntos en Toledo están,
verlos pudisteis ahora,
los hombres de armas, señora,
y yo soy su capitán.
Hueste inmensa de guerreros

cual nunca Castilla vio
vuestro esposo aquí juntó.
Catorce mil caballeros,
con cincuenta mil peones,
seis lombardas preparadas,
trabucos, picos, azadas,
pertrechos y municiones.
Urge que hoy mismo salgamos,
y para pagar la gente
el dinero conveniente
a las Cortes demandamos.

LA REINA

No, yo no demando tal.
¡Nunca de guerra me habléis!
El alma me estremecéis
con ese nombre fatal.
De mi madre, en la niñez,
a aborrecerlo aprendí;
que con lágrimas la oí
recordar más de una vez
aquella lid fratricida
que la arrojó de este suelo
y al rey don Pedro, mi abuelo,
le costó el trono y la vida.
Dios la merced me otorgó
de que reinando mi esposo
nunca ese nombre horroroso
oyese en Castilla yo.
¿A qué turbar la quietud
que veis al reino gozar?
¿A qué en guerras empeñar
su lozana juventud?
¿Y vos, único sostén
de esta madre desvalida,
nos dejáis, y vuestra vida
corréis a exponer también?
No, hermano, no lo consiento:
no lo consintáis tampoco.
(A los grandes.)
Yo en nombre del rey revoco
el militar llamamiento.
Condestable, en el instante
los guerreros despedid.
¡Andad!

EL CONDESTABLE

Señora, advertid
que con vos manda el infante.

FERNANDO

¡Despedirlos! ¿Qué intentáis?
Cuando la morisma infiel
insulta el regio dosel,
¿tan débil, reina, os mostráis?
De vuestro hijo cuidado,
y dejadme a mí, señora,
que el reino gobierne ahora.
Procuradores, marchad:
júntense las Cortes luego;
y que ese millón en oro
para hacer la guerra al moro,
que insolente a sangre y fuego
nuestros campos atropella,
manden que al punto se abone.

GUZMÁN

Señor, la reina se opone...
y vos gobernáis con ella.

EL CONDESTABLE

(Al infante.)

¡Ya lo veis!

FERNANDO

Ceded, señora,
al ruego de vuestro hermano:
¡no liguéis la única mano
que es hoy vuestra defensora!

EL CONDESTABLE

Ceded vos más bien, señor,
a los ruegos de Castilla.
¡Ocupe la regia silla
el ansiado sucesor!

FADRIQUE

No más dudas. ¡Levantad,
reyes de armas, el pendón!
Haced la proclamación...

FERNANDO

¡Silencio!... ¡Callad, callad!

LA REINA

¡Qué escucho! ¿Y os resistís
a que su lealtad, infante,
el regio pendón levante
por mi hijo?

FERNANDO

¿Qué decís?...

LA REINA

Hijo, para hacer valer
tus derechos aquí estoy.
A mostrarte al pueblo voy.
Sígueme.

FERNANDO

¿Qué vais a hacer?

LA REINA

Que se cumpla en el momento
lo que el rey manda.

FERNANDO

¡Aguardad!

LA REINA

(En ademán de marchar.)

¡Ven, hijo!

EL CONDESTABLE

(Deteniéndola.)

Reina, escuchad
lo que manda el testamento.

(Lee.)

«Otro sí, ordeno y mando: que tenga al príncipe mi hijo para su crianza y enseñamiento Diego López, mi justicia mayor, con cargo de guardar, regir y gobernar su persona y su casa, hasta que él haya edad de catorce años.»

Venid, justicia mayor:
aquí al príncipe os confío.

LA REINA

¡Arrancarme el hijo mío!

EL CONDESTABLE
¡Lo manda el rey mi señor!

LA REINA
No hay rey que pueda mandar
lo que es duro, injusto, aleve...
¿Quién más que una madre debe
al hijo suyo guardar?
¡Qué horror! ¿Y pudisteis vos,
rey cruel, esposo ingrato,
dictar ese atroz mandato?
¡Ah!... ¡No os lo demande Dios!

EL CONDESTABLE
Mucho vuestra pena siento...

FERNANDO
Condestable, duro estáis.

EL CONDESTABLE
No quiero que me digáis
que no cumplo el testamento.

LA REINA
Sin duda, ya en la agonía
y con turbada razón,
esa feroz condición
alguno al rey le impondría.
Y lo que se opone así
a cuanto hay de más sagrado,
debe quedar anulado.

EL CONDESTABLE
¿Queréis anularlo?

LA REINA
¡Sí!

EL CONDESTABLE
Pues oíd. Si de algún modo
creéis que la voluntad
del rey se forzó, anulad...
pero el testamento todo.

LA REINA

¡Todo!

FERNANDO

¡Eso no! ¡Lo he jurado!

EL CONDESTABLE

Pues bien: acercaos, don Diego,
al príncipe yo os entrego.

DIEGO

(Trayéndolo a su lado.)

Yo lo acepto.

LA REINA

¡Hijo adorado!

(Óyese ruido de tumulto en el claustro del foro.)

VOCES DENTRO

¡La proclamación!...

Escena XIV

DICHOS, EL ESCUDERO.

EL ESCUDERO

¡Señor!

FERNANDO

¿Qué es esto?

EL ESCUDERO

El claustro invadido
por hombres de armas ha sido,
que os buscan con gran clamor
y piden...

FERNANDO

(Interrumpiéndole.)

Ya lo adivino:

salir contra el moro, sí.

*(A sacarlos voy de aquí:
no me queda otro camino.)*

(Dirígese a los hombres de armas que salen en tumulto por el foro.)

¡Llegad, amigos, llegad!
La patria en riesgo se halla.
Todo ante ese nombre calla.
¡Pronto el campo levantad!
Inmenso ejército infiel
sobre nosotros avanza;
¿y aún la castellana lanza
no sale a hacer riza en él?
Hijos, ¡al triunfo!, ¡a la gloria!
Vuestro infante os acaudilla.

EL CONDESTABLE
¿Y así dejáis a Castilla?

FERNANDO
En ganando una victoria.
Del príncipe me responde
vuestra cabeza, don Diego.
Fernán Gutiérrez, id luego;
cuantas riquezas esconde
el arca de mi tesoro,
cuanto mi palacio encierra,
para sostener la guerra
hacedlo trocar por oro.
En nada mi afán repara.
Hasta mis joyas tomad;
y si es preciso, empeñad
mi señorío de Lara.

GUTIÉRREZ
Obedezco.
(Se va por el foro.)

FADRIQUE
(Al infante.)
El tiempo apura,
señor.

FERNANDO
Salgamos de aquí.
(A los soldados.)
¿Me seguís, guerreros?

LOS GUERREROS

¡Sí!

FERNANDO

Mi caballo, mi armadura.
(Este es el medio que elijo
de conjurar el clamor.)
¡Marchemos!

(En actitud de marchar.)

LA REINA

¿Y os vais, señor,
sin proclamar a mi hijo?

FERNANDO

Sí; que de la impura grey
nos amaga la cuchilla.
Primero es tener Castilla...
y después tendremos rey.

ACTO SEGUNDO

Un salón en el alcázar de Toledo. A la derecha del actor, en primer término, una puerta que da a las habitaciones donde está el príncipe guardado por Diego López. Otra a la izquierda, en frente, que conduce a las que ocupa la reina. Otra grande en el foro, cerrada; y a cada lado de ella un arco con el arranque de una galería que se pierde en ambos costados: la de la derecha da a lo exterior; la de la izquierda a lo interior del alcázar. Hay una mesa con recado de escribir y un sillón.

Escena I

EL CONDESTABLE.

No hay ya que vacilar. Los grandes todos
impacientes se agitan.

Quiero evitar que por violentos modos
el ciego desacato que meditan
lleguen a consumir. Desde el instante
que sordo a nuestros votos el infante
se partió con la hueste, han transcurrido
días y días, sin haber sabido
cuál es por fin su intento.

De la muerte del rey cunde la nueva,
y asoma ya en el pueblo el descontento,
porque al trono real nadie se eleva.
Cien veces he intentado
a la reina llegar, determinado
a declararla lo que el reino pide.
Mas sin hablarme siempre me despide;
y encerrada en su estancia sin consuelo,
a nadie admite hasta cumplir el duelo.
Hoy se cumple por fin, y hoy mismo quiero
que su destino escuche de mi boca.
Yo alcé la voz primero,
y consumir me toca
a mí también la comenzada empresa.
¡Si acaso su promesa
Diego López cumplió, que en esa estancia
al príncipe don Juan guarda a su lado,
y a la reina tal vez habrá anunciado
el voto de Castilla!
Usurpando el de Urgel la regia silla
del reino de Aragón, perdió el infante
de reinar la esperanza.
Yo observé que, al oírlo, en su semblante
asomó la ambición y la venganza.
¡Ah! Si en aquel momento no viniera
a amedrentar su mente
la aterradora voz de fray Vicente,
nuestro tesón al fin triunfado hubiera.
Y triunfará, lo fío.
Parta la reina con sus hijos luego,
y al contemplar que el trono está vacío,
cederá don Fernando a nuestro ruego.

Escena II

EL CONDESTABLE, UN PAJE, *que sale del cuarto de la reina.*

EL CONDESTABLE

¿Qué respondió la reina a mi demanda?

EL PAJE

Responderos me manda
que ni a vos ni a ninguno escuchar quiere,
en tanto que a sus brazos no volviere
el hijo tierno cuya ausencia llora.

EL CONDESTABLE

(No le ha visto hasta ahora:
bien cumplió Diego López lo ofrecido.)
Volved, paje, y decid que yo le pido
un momento de audiencia.

EL PAJE

Perdonadme que os falte a la obediencia.
Su alteza me ha mandado
que de vos no le pase otro recado.

(Se va.)

Escena III

EL CONDESTABLE.

Airada está conmigo
porque del hijo la privé, y en vano
es insistir: hablarla no consigo.
Veré si los obstáculos allano
haciendo que una audiencia
Diego López le pida con urgencia;
que al ayo de su hijo es evidente
que a hablar no se resista; y él, que es diestro,
la llevará un mensaje en nombre nuestro
y hará que ceda y que de aquí se ausente.

(Dirígese a la puerta de la derecha, y se detiene viendo venir al escudero por la galería del mismo lado.)

Escena IV

EL CONDESTABLE, EL ESCUDERO.

EL CONDESTABLE

¿Qué me queréis?

EL ESCUDERO

Calada la visera,
y por vos con empeño preguntando,
en la cercana galería espera

un caballero.

EL CONDESTABLE

¿Acaso don Fernando
de su campo le envía?

EL ESCUDERO

Solamente
que os hiciera presente,
me ha dicho con instancia, que venía
del reino de Aragón, y que tenía
que hablaros al instante.

EL CONDESTABLE

¿Del reino de Aragón? Pase adelante.

Escena V

EL CONDESTABLE.

¡De Aragón y encubierto un caballero!
¿Qué podrá ser? Hablémosle primero.

Escena VI

EL CONDESTABLE, EL CONDE DE URGEL, *que viene armado y calada la visera.*

(El escudero lo introduce y se retira.)

URGEL

¿Sois el condestable vos?

EL CONDESTABLE

¿Y vos?

URGEL

Lo sabréis después.
Decidme primero: ¿es cierto
que elevar os proponéis
al infante don Fernando
al castellano dosel?

EL CONDESTABLE

Nadie en Toledo lo ignora.

URGEL

Pues con el propio interés
cerca de vuestra persona
me envía el conde de Urgel
con un secreto mensaje.

EL CONDESTABLE

¿El rey de Aragón?

URGEL

¡El rey
de Aragón!... Llegará a serlo
con tal que vos le ayudéis.

EL CONDESTABLE

¿Qué decís? ¿Estáis en vos?
Todos sabemos que fue
proclamado en Barcelona.

URGEL

Es cierto; y también lo es
que perdió el trono aquel día,
y se alzaron contra él
los parciales de ese infante
que por monarca queréis.

EL CONDESTABLE

¡Santo Dios! ¡Será posible!
Mas ¿qué es esto? Vos tal vez
venís con dañado intento
falsas nuevas a extender
que nuestro designio estorben.
¿Quién os envía? ¿Por qué
seguís encubriendo el rostro?
¡Vive Dios!, que hasta saber
quién sois, haré que en la torre...

URGEL

¡Basta! ¡Vive Dios también,
que impacientándome vais!
¿No fuisteis vos, responded,
con un secreto mensaje
de vuestro difunto rey
a Barcelona?

EL CONDESTABLE

Sí fui.

URGEL

¿No visteis más de una vez
en aquella corte al conde?

EL CONDESTABLE

Le vi.

URGEL

¿Presentes tenéis
sus facciones?

EL CONDESTABLE

Sí, las tengo.

URGEL

(Se alza la visera.)
Miradme.

EL CONDESTABLE

¡El conde de Urgel!

URGEL

El mismo.

EL CONDESTABLE

Cielos! ¿Pues cómo?
¿Vos en Toledo?

i

URGEL

Después
que en la confusión primera
ganar el trono logré,
el parlamento se junta
y alzando la voz en él
mis enemigos, consiguen
a sus parciales mover;
y recurriendo a las armas
y lanzándose en tropel
contra los míos, el campo
les tengo al fin que ceder.
Firme en mis designios, corro
a Zaragoza, que fiel

mis derechos proclamaba.
Mas, ¡oh rabia!, allí también
la desgracia me persigue.
Un hombre cuyo poder
hace que pueblos enteros
caigan temblando a sus pies,
de repente en la ciudad
tremendo se deja ver,
y lanzando contra mí
cien anatemas y cien,
arrastra a la muchedumbre
que le sigue por doquier,
y en mi presencia se pone
con impávida altivez.

EL CONDESTABLE

¡Le conozco! Era sin duda...

URGEL

¡Sí! ¡Fray Vicente Ferrer!
En vano, en vano al acero
llevar la mano intenté...
Fuerza superior le asiste:
que sin poderme valer
imprecaciones terribles
de su labio toleré.
-«No reinarás -exclamó:-
porque el trono aragonés
guarda Dios a don Fernando,
príncipe insigne, que en vez
de recibir la corona
con que orlar quieren su sien
el condestable y los grandes
de Castilla, por no ser
traidor a su noble estirpe,
la rechaza con desdén.»
Su voz alienta a los nobles,
hace al pueblo enmudecer,
y por último, me arroja
de Zaragoza también.
A la Almunia me retiro,
donde a juntar comencé
gran número de parciales;
cuando me hicieron saber
que los tres reinos de acuerdo
quieren que el trono se dé

al que más derechos tenga
de los que aspiran a él.
Esta sentencia han de darla
nueve jueces, siendo tres
por cada reino elegidos;
y para que a salvo estén
de que nadie sus conciencias
pueda en su favor torcer,
la fortaleza de Caspe
los custodia, y allí es
donde al reino de Aragón
en breve darán un rey.

EL CONDESTABLE
¿Y quiénes los jueces son?

URGEL
Entre ellos cuento tener
de mi parte al arzobispo
de Tarragona, a Guillén
de Valseca, y otros varios...

EL CONDESTABLE
¡Si al arzobispo tenéis
en vuestro favor!...

URGEL
¡Qué importa!
Valencia ha nombrado juez
a mi mayor enemigo,
al más poderoso...

EL CONDESTABLE
¿A quién?

URGEL
Al que protege al infante,
y sentenciará por él,
y arrastrará a los demás...
¡A fray Vicente otra vez!

EL CONDESTABLE
¿A fray Vicente? -No hay duda...
¡Le perdemos!

URGEL

Viendo, pues,
que nada ya por la fuerza
puedo en Aragón hacer,
a Toledo me dirijo;
porque vosotros podéis
primero que los de Caspe
esta cuestión resolver.

EL CONDESTABLE
¿Cómo?

URGEL
A vosotros y a mí
nos liga el mismo interés.
Vosotros para Castilla
a don Fernando queréis:
en la herencia de aquel trono
mi competidor es él:
coronadle, antes que el fallo
los jueces de Caspe den.
Y ya sin rival, es mío
el imperio aragonés.

EL CONDESTABLE
A la reina voy a hablar:
no hay tiempo ya que perder.

URGEL
¿Qué intentáis?

EL CONDESTABLE
Que con su hijo
parta a Inglaterra...

URGEL
Tened.
Esa medida no os salva.

EL CONDESTABLE
¿Por qué?

URGEL
Porque si a ceder
el infante se negase,
volver los hará otra vez.
Para obligarle, es forzoso

que el niño don Juan esté
fuera de su alcance.

EL CONDESTABLE
¿Dónde?

URGEL
Condestable, en mi poder.

EL CONDESTABLE
¿En el vuestro?

URGEL
Sí: en el mío.
¿Qué, dudáis?

EL CONDESTABLE
¡Conde de Urgel!...
Yo os conozco; y ese niño
es hijo al fin de mi rey.

URGEL
¿Sospecháis?...

EL CONDESTABLE
Y con razón.

URGEL
¡Vive Dios! ¡Osado!...

EL CONDESTABLE
Ved
que estáis, conde, en el alcázar
de Toledo, y que os perdéis.
Templaos, y decid. ¿Qué prenda
nos dais de que el niño esté,
no solamente al abrigo
de un atentado cruel,
sino honrado, cual merece
su alta cuna?

URGEL
Mi interés.

EL CONDESTABLE
No la rechazo: explicaos.

URGEL

Ya que no basta la fe
de mi palabra y la sangre
real que anima mi ser...

EL CONDESTABLE

De vuestro interés habladme.

URGEL

¿Pues claramente no veis
que conservando en rehenes,
al niño don Juan, podré
contener de don Fernando
la ambición, si alguna vez
sus derechos a mi trono
intentara sostener?

EL CONDESTABLE

Cierto. -Me basta la prenda.
¡Hola!

Escena VII

DICHOS, EL ESCUDERO.

EL ESCUDERO

Señor.

EL CONDESTABLE

Disponed
de orden mía, que en Toledo
a nadie entrada se dé
si es que viene de Aragón.
Andad.

Escena VIII

EL CONDESTABLE, EL CONDE.

EL CONDESTABLE

Conviene tener

oculta vuestra llegada
y las nuevas que traéis,
porque a oídos del infante
no lleguen hasta después.
¿Nadie aquí os conoce?

URGEL
Nadie
conoce al conde de Urgel
sino vos.

EL CONDESTABLE
Pues aguardad.
(Diríjese a la puerta de la derecha.)
¡Ha del alcázar!

EL PAJE, *dentro.*
¿Quién es?

EL CONDESTABLE
El condestable.
(Ábrese la puerta y aparece el paje.)

Decid
a Diego López, doncel,
que para asunto que importa
aquí le aguardo.
(Retírase el paje, cerrando.)
¿Traéis
(Al conde.)
gentes de armas de Aragón?

URGEL
Corto escuadrón, pero fiel,
me acompaña, que emboscado
cerca del muro dejé.

EL CONDESTABLE
Pues cuando a partir vayáis,
haré que aviso le den
de que al alcázar se acerque,
y esa escolta llevaréis.

Escena IX

DON DIEGO, EL CONDESTABLE, EL CONDE.
(*Ábrese la puerta de la derecha, y sale por ella don Diego.*)

EL CONDESTABLE
Don Diego, oíd. -Aunque nada
hemos hablado hasta ahora,
desde que está a vuestro cargo
del príncipe la custodia,
no imaginéis que los grandes
aquel proyecto abandonan.

DIEGO
¿De qué proyecto me habláis?

EL CONDESTABLE
Muy flaco sois de memoria.
¿No os acordáis de aquel día
que partisteis a Segovia?...

DIEGO
Sí me acuerdo.

EL CONDESTABLE
¿Y a qué fuisteis?

DIEGO
A custodiar la persona
de mi rey, y hasta Toledo
conducirle y darle escolta.

EL CONDESTABLE
¿Y a mí
me lo decís?

DIEGO
Y es notoria
en Castilla la lealtad
de que mi pecho blasona.

EL CONDESTABLE
¡Viven los cielos! ¡Don Diego!...

DIEGO, *yéndose*.
Si no mandáis otra cosa...

EL CONDESTABLE

¡Oíd, esperad!... ¿Qué es esto?...
Mas ya lo comprendo. Os sobra
razón. Perdonad, don Diego,
mía fue la culpa toda;
pues conociendo años ha
la prudencia que os adorna,
antes de hablar olvidé
deciros que nada importa
que el caballero que veis
(*Señalando al conde.*)
de nuestros planes se imponga.

DIEGO

Yo, condestable, no temo
que el mundo entero me oiga.

EL CONDESTABLE

Bien está; pero repito
que hablar podéis sin zozobra.
Es un noble aragonés,
a quien su rey comisiona
para que al niño don Juan
allá conduzca, y le ponga
en su poder.

DIEGO

¡Cómo! ¿Al niño
que guardo yo? -Sabedora
del caso será la reina,
y ella y el infante en forma
me autorizarán...

EL CONDESTABLE

La reina
y don Fernando lo ignoran.
Mas urge el tiempo, y es fuerza
hoy mismo acabar la obra.
La reina, viendo partir
al hijo que tanto adora,
le seguirá sin remedio;
y al ver que el trono abandonan
lo aceptará don Fernando.
Entregadnos sin demora
al príncipe, y...

DIEGO

Condestable,
vuestro juicio se trastorna.
¿Yo traidor al niño rey
y a la reina mi señora?

EL CONDESTABLE

¡Don Diego!

DIEGO

En nombre del rey
don Enrique, que está en gloria,
soy guardador de su hijo.

EL CONDESTABLE

¿Y la palabra?...

DIEGO

Esta honra
nuevos deberes me impone.

EL CONDESTABLE

¿Y no es bien que se anteponga
el de salvar a Castilla?...

DIEGO

A mí tan sólo me toca
guardar al rey, y a mi lado
lo guardaré a toda costa.

EL CONDESTABLE

¡Vive Dios que ya os entiendo!...

URGEL

¡Y vive Dios que me enoja
la paciencia que gastáis!
Si de grado no os lo otorga,
entrad por él, y excusad
tantas palabras ociosas.

DIEGO

Veremos si el condestable
a ese atentado se arroja.

URGEL

Si el condestable vacila,

entraré yo mismo.

DIEGO

¡Hola!

(A la voz de don Diego aparecen hombres de armas guardando la puerta.)

Ya veis que mis ballesteros
ese recinto custodian.

URGEL

Mi espada se abrirá paso...

(Pone mano a la espada. El condestable le contiene.)

DIEGO

¡Guardias!

EL CONDESTABLE

¡Tened, no nos oigan!

Con violencia nada hacemos.

Idos, y dejadme a solas
con él.

URGEL

Pero es fuerza hoy mismo...

EL CONDESTABLE

Hoy nuestro intento se logra.

Yo respondo.

DIEGO

Será en vano.

URGEL

Si dentro de breves horas
no le entregas, viejo imbécil,
vendré por él en persona;
y aunque huelle tu cadáver,
te lo arrancará mi cólera.

EL CONDESTABLE

Idos, que la reina sale.

(El conde de Urgel se cala la visera, y se va.)

Escena X

DON DIEGO, EL CONDESTABLE, LA REINA.

LA REINA

¿Ni en la estancia silenciosa
donde llorando mi duelo
vivo retirada y sola,
dejaréis de importunarme?
¿Quién estas voces provoca?
¿Qué hacéis a la puerta vos
de la estancia donde mora
mi hijo? Y ese guerrero
que con planta presurosa
se aleja al verme, ¿quién es?

DIEGO

Sea quien fuere, señora,
don Diego López aquí
al niño don Juan custodia
y a nadie lo entregará.

LA REINA

¡Entregarlo!

DIEGO

Desde ahora
libre entrada en su aposento
concedo... ¡pero a vos sola!

(Éntrase en el cuarto de la derecha.)

Escena XI

EL CONDESTABLE, LA REINA.

EL CONDESTABLE

(Yo daré en tierra, villano,
con tu fingida lealtad.)

LA REINA

¡Cielos, qué he oído! Aclarad,
condestable, aqúeste arcano.

EL CONDESTABLE

A demandaros audiencia
cien veces aquí he llegado,
y nunca os habéis dignado
darme de hablaros licencia.

LA REINA

¿Qué queréis? La pena, el llanto
engendran temores tales...
¡y hasta palabras fatales
que resuenan con espanto!
Jurara yo que aquí ahora
no sé qué don Diego dijo
de entregaros a mi hijo...
¡Ved qué ilusión!...

EL CONDESTABLE

Sí, señora.

LA REINA

¿Cómo!... ¿Es cierto?

EL CONDESTABLE

Sí, por Dios.

LA REINA

¿Y para qué habéis tratado
de arrancarlo de su lado?

EL CONDESTABLE

Para entregároslo a vos.

LA REINA

¡Cielos!... ¿Es posible?... ¡A mí!...
¿Y él se niega a vuestro intento?

EL CONDESTABLE

Ya sabéis que el testamento
le manda guardarlo.

LA REINA

¡Ah, sí!

EL CONDESTABLE

Y vos, pena muy amarga
tendréis, separada de él.

LA REINA

¡Ah! No hay pena más cruel.

EL CONDESTABLE

¡Y separación tan larga!
Yo cumplí mi obligación
poniendo el niño en su mano:
no me tachéis de inhumano.
Comprendo vuestra aflicción;
y cual madre tierna creo
que por llegarle a abrazar
daríais sin vacilar...

LA REINA

¡Cuanto en el mundo poseo!
Mas no será menester.
Puesto que hoy a vuestro ruego
ceder no quiere don Diego,
yo le obligaré a ceder.

EL CONDESTABLE

¿De qué modo?

LA REINA

(Sacando un pergamino.)
En este escrito
que de mi mano he trazado,
por nulo doy lo mandado.
La guarda del rey le quito;
y, por ser su madre, a mí
me declaro guardadora.
Mirad.

(Se lo entrega.)

EL CONDESTABLE

Observo, señora,
que falta una firma aquí.

LA REINA

¿La del infante?

EL CONDESTABLE

Así es:
el poder es de los dos.

LA REINA

Pues bien, condestable, vos
que mostráis tanto interés
por esta madre infelice,
enviádselo al instante,
no tardéis, y que el infante
con su firma lo autorice.

EL CONDESTABLE

Dudo que para anular
de su hermano el testamento
preste su consentimiento.

LA REINA

¡Oh Dios! ¿Y a quién apelar?...

EL CONDESTABLE

Si al hijo vuestro queréis
con ese afecto tan puro...

LA REINA

¿Lo dudáis?

EL CONDESTABLE

Pues bien, yo os juro
que en los brazos lo tendréis.
La empresa a mi cargo tomo.

LA REINA

¿Vos?

EL CONDESTABLE

Sí; que poder me asiste.

LA REINA

¿Cuándo será?

EL CONDESTABLE

En vos consiste
que sea ahora mismo.

LA REINA

¿Cómo?

EL CONDESTABLE

Dedicando vuestro amor

a su dicha, a su reposo;
haciéndole venturoso,
que es la grandeza mayor.

LA REINA

¿Pues qué otro objeto ambiciono?

EL CONDESTABLE

Es que con todo ese afán
no haréis feliz a don Juan,
si le hacéis subir al trono.

LA REINA

¿Y qué he de hacer? ¡Santo Dios!

EL CONDESTABLE

Salvarle del riesgo ahora.

LA REINA

¿Cómo?

EL CONDESTABLE

Marchándoos, señora,
con él de Castilla vos.

LA REINA

¡Cielos!

EL CONDESTABLE

De la corte ausente,
siempre retirada allá,
vos ignoráis... -¡Ojalá
lo ignoréis eternamente!-
las zozobras, los cuidados
que rodean sin cesar
al que se atreve a reinar.
Doy que los moros lanzados,
que sujeto Portugal,
el príncipe, sin tener
extranjeros que temer,
empuñe el cetro real.
No es el extranjero encono
el peligro que le amaga:
en Castilla está la plaga
que ha de socavar su trono.
Pondrán a su arrojo grillos,

burlarán sus esperanzas
prelados que mandan lanzas,
grandes que tienen castillos.
Si es blando, dulce y humano,
ha de ser de ellos juguete;
y si mandar se promete
tendrá que hacerse tirano.
Mandar don Pedro intentó,
y fue tirano y cruel;
y ya sabéis en Montiel
de qué manera acabó.

LA REINA, *aterrada*.
¡Ay!

EL CONDESTABLE
En cambio el rey difunto,
que fue bondadoso y blando,
sufrió desaires, llegando
su humillación a tal punto,
que hasta el sustento por fin
hubo de faltarle un día,
mientras ellos a porfía
se holgaban en un festín.
¿Queréis que en tanto baldón
el hijo vuestro se vea?
Que rey en el nombre sea,
¿es esa vuestra ambición?
Marchad, señora, marchad;
y dejad que el cetro tome
uno que a los grandes dome...

LA REINA
¿Quién?

EL CONDESTABLE
El infante.

LA REINA
¡Oh maldad!

EL CONDESTABLE
Lo demanda el reino entero;
y yo, hincando la rodilla,
de vuestro amor a Castilla
este sacrificio espero.

LA REINA

Alzad, alzad. -¡Dios eterno!
Cumpliéronse mis temores.
¿Así perseguís, traidores,
a una madre, a un niño tierno?...

EL CONDESTABLE

¡No es traidor el que aquí veis,
el que os demanda de hinojos,
con lágrimas de sus ojos,
que os salvéis y nos salvéis!

LA REINA

Alzad, alzad... Ya penetro
hasta el fondo el negro arcano...
¡Y es el infante, es mi hermano
quien roba a mi hijo el cetro!

EL CONDESTABLE

(Se pone en pie.)
¿Qué decís?...

A REINA

Sí: de mi lado
le aleja el remordimiento;
¡y os hace a vos instrumento
de este feroz atentado!

EL CONDESTABLE

Señora, yo fui testigo
de su tenaz resistencia.

LA REINA

¡Por eso huyó mi presencia!

EL CONDESTABLE

Por eso.

LA REINA

Vos sois su amigo.
Y en vano estáis procurando
obscurecer su traición:
que mi leal corazón
ya me la estaba anunciando.
¡Ah, sí! Desde aquel instante

que separada me vi
del hijo mío, y aquí
sola me dejó el infante,
no sé qué secreto horror
en mi corazón sentía,
que cuantos rostros veía
me llenaban de terror;
y en esa estancia encerrada,
donde mi espanto crecía
con la soledad sombría
de esta lóbrega morada,
se agolparon de repente
a mi exaltada memoria
recuerdos de aquella historia
que en mi niñez inocente
a mi tierna madre oí.
De Castilla la arrojaron,
y al rey su padre mataron...
¡Y fueron los grandes, sí!
¡Y un infante era también
el jefe de aquella hazaña!

EL CONDESTABLE
¿Semejanza tan extraña
por qué vuestros ojos ven?

LA REINA
Porque de nuestros mayores
pesa en nosotros la ley:
yo desciendo de aquel rey...
y vos de aquellos traidores.

EL CONDESTABLE
Caiga vuestro enojo en mí:
traidor llamadme en buen hora;
mas por vuestro bien, señora,
marchad al punto de aquí.

LA REINA
¡Nunca! ¡Jamás! -¡Justo Dios!...
¡Yo a mi hijo destronar!...

EL CONDESTABLE
¿No queréis con él marchar?...
Pues él marchará sin vos.

LA REINA

¿Qué decís?... ¡Sin mí!

EL CONDESTABLE

Es urgente:

hoy partirá de Toledo.

LA REINA

¿Pensáis que me infunde miedo
esta amenaza impotente?

Si vos faltáis al honor
y a la fe de buen vasallo,
no imaginéis que me hallo
sin un leal defensor.

EL CONDESTABLE

¿Quién, señora?

LA REINA

El que antes dijo

que era sordo a vuestro ruego.

EL CONDESTABLE

¿Don Diego, decís?

LA REINA

Don Diego,

que no entregará a mi hijo.

EL CONDESTABLE

¡Vana ilusión os ofusca!

Ese leal caballero
sabéis que fue el mensajero
que marchaba en vuestra busca.

LA REINA

A traerme...

EL CONDESTABLE

No, señora:

iba a alejaros de aquí.

LA REINA

¿Cómo?... Pues ahora...

EL CONDESTABLE

Sí:

otro es su interés ahora.
Como guardador, confía
que logrará del rey niño
ir conquistando el cariño
y ser su valido un día.

LA REINA

Pues, lealtad o interés sea,
él lo guardará.

EL CONDESTABLE

Quizá.
Y decid: ¿lo guardará,
señora, cuando esto lea?

(Mostrando el escrito que le dio la reina.)

LA REINA

¡Cómo! ¿Intentáis?...

EL CONDESTABLE

Todo entero
escrito de vuestra mano.

LA REINA

Lo revocaré.

EL CONDESTABLE

Es en vano.
El pensamiento primero
de despojarlo aquí está;
y aunque lo anuléis ahora,
tarde o temprano, señora,
que se ha de cumplir verá.
Y pues en don Diego es fijo
que obra sólo el interés,
leerá este escrito, y después
entregará a vuestro hijo.

LA REINA

¿Conque no hay uno siquiera,
no hay uno que guarde fe?...
Partiré, sí, partiré...
¡Y ojalá nunca viniera!
Hijo: huyamos de este suelo,

huyamos de este recinto
en sangre de reyes tinto...
Abandónales sin duelo
un trono de maldición
a esos nobles ricoshombres...
que cubren con altos nombres
la infamia del corazón.

EL CONDESTABLE
¿Partiréis?

LA REINA
Al punto, sí:
que mientras con vos esté,
por mi hijo temblaré:
salgamos pronto de aquí.

EL CONDESTABLE
La paz a Castilla dais,
y aunque el sacrificio os cueste...

(Algazara dentro y gritos de ¡viva el infante!)

LA REINA
¡Cielos! ¡Qué tumulto es este!
¿Quién viene?

EL CONDESTABLE
Nada temáis.

Escena XII

DICHOS, FERNÁN GUTIÉRREZ, SOLDADOS.

(Cuatro guerreros siguen a Fernán Gutiérrez, y se quedan en el fondo, caladas las viseras.)

GUTIÉRREZ
¡Victoria por don Fernando!

EL CONDESTABLE
¡Fernán Gutiérrez!

GUTIÉRREZ

¡Oh, reina!
A vuestras plantas me envía
el infante con la nueva.

LA REINA

¿Y el infante dónde está?

GUTIÉRREZ

¡Rayo del cielo es su diestra!
Al primer encuentro, rompe
del moro la hueste inmensa,
lanzándola desbandada
hasta el fondo de sus tierras.
De Antequera a las murallas
triumfante y rápido llega,
y las escalas arrima,
y las lombardas asesta.
Da el asalto: sube al muro:
los defensores se entregan;
y al verle alzar el pendón
de Santiago en las almenas,
grita el ejército: «¡Viva
don Fernando de Antequera!»

EL CONDESTABLE

¡Dios le protege y le guarda
para mayores empresas!
Otro título más alto
hoy en Castilla le espera.
La reina, Fernán Gutiérrez,
que admira sus nobles prendas,
con resolución magnánima
cede al infante la herencia
de su hijo, y esta noche
los dos a Toledo dejan.

LA REINA

¿Esta noche? (¡Oh cielo!)

EL CONDESTABLE

(Dirigiéndose a la reina.)

Y vos,
en quien de vanas grandezas
triumfa el maternal amor,
entrad en la estancia regia;
y cuando del hijo amado

gocéis las caricias tiernas,
veréis que no vale un trono
privarse de su presencia.
(Acércase a la puerta de la derecha.)
¡Hola! -A don Diego llamad.

LA REINA
(¡Esto es hecho! No me queda
otro recurso. -Capaces
serán de traición más negra
si yo resisto...)

*(El condestable, después de hablar con don Diego, que se ha presentado en la puerta,
hace ademán a la reina de que pase. La reina exclama entrando apresurada:)*

(¡Hijo mío!)

Escena XIII

EL CONDESTABLE, DON DIEGO, FERNÁN GUTIÉRREZ, SOLDADOS.

(Don Diego va a seguir a la reina.)

EL CONDESTABLE
¡Don Diego!

DIEGO
Voy con la reina.

EL CONDESTABLE
Dos palabras nada más...

DIEGO
No puedo.

EL CONDESTABLE
Que os interesan.

DIEGO, *deteniéndose.*
¿A mí?

EL CONDESTABLE
A vos más que a ninguno.

DIEGO
Decid pronto.

EL CONDESTABLE
Con reserva.
¿Lo habéis pensado mejor?

DIEGO
Yo no pienso, cuando median
el deber y la lealtad.

EL CONDESTABLE
¿Volvéis otra vez al tema?

DIEGO
Mi conciencia no permite...

EL CONDESTABLE
¿A mí, don Diego, con esas?
Sabéis que os conozco bien;
conque dejas de conciencia,
y el móvil de esa mudanza
explicadme con franqueza.

DIEGO
¡Risa me da la pregunta!
¿Y a vos qué móvil os lleva
a coronar al infante?

EL CONDESTABLE
¡A mí!...

DIEGO
Ya sé la respuesta.
Decís que el bien de la patria.
Otra razón es la vuestra.
Ayo del infante fuisteis:
se ha criado en vuestra escuela:
su valido sois; y es claro
que si a coronarse llega,
seréis valido del rey.

EL CONDESTABLE
Ya entiendo. ¿Esa misma idea
tenéis con el niño vos?...

DIEGO

Quiero seguir vuestra regla.

EL CONDESTABLE

¡Acabaraís de una vez!

Si otro temor no os arredra
más que el de perder la guarda
del niño, no os cause pena.

DIEGO

¿Por qué?

EL CONDESTABLE

Porque eso, don Diego,
será de todas maneras.

DIEGO

¿Cómo?

EL CONDESTABLE

Sí.

DIEGO

¡Perderla! ¿Y quién
me la ha de quitar?

EL CONDESTABLE

La reina.

DIEGO

¿La reina?

EL CONDESTABLE

(Le da el pergamino.)

Leed.

DIEGO

Qué miro!

i

EL CONDESTABLE

Todo de su puño y letra.
Ella a marchar de Castilla
con su hijo está resuelta.
Si bien a bien le entregáis,
no revelará mi lengua
que de vendernos tratabais;

pero si hacéis resistencia
y dais con ello lugar
a que don Fernando vuelva
y nuestro plan desbarate,
este escrito os manifiesta
que la madre os quitará
la guarda del niño: y cuenta
que haberle ayudado ahora
no os valdrá luego con ella,
porque ya sabe que antes
también de los nuestros erais;
y al que ha servido a dos bandos
en ninguno se le aprecia.
¿Qué decís?

DIEGO

¿Qué he de decir?
Bien sabéis que en mi conciencia
de vuestra opinión he sido.
Si he obrado de otra manera,
es porque el deber en mí
siempre ha tenido gran fuerza.
Pero en fin, ya que, a Dios gracias,
la reina misma desea
lo que todos deseamos,
pronto estoy a obedecerla.

EL CONDESTABLE

¡Esa mano!

DIEGO

Vuestro soy.

EL CONDESTABLE

Fernán Gutiérrez, ya quedan
los obstáculos vencidos:
don Diego al príncipe entrega.
Esta noche aquí los grandes
juntaré, y en su presencia
firmará la reina el acta
de abdicación. La litera
real vendrá con sigilo,
porque el pueblo nada entienda.
Saldrán esta noche entrambos;
y cuando el día amanezca,
por don Fernando alzaremos

pendones. Vos a Antequera
partís, y a vuestra llegada
hacéis que cunda la nueva,
que el ejército lo aclame,
y en pos vuestro con presteza
iremos los grandes todos
a llevarle la diadema.

DIEGO
¡Todos, sí!

EL CONDESTABLE
¡Sigilo! -Pronto
volveré. -Por lo que pueda
suceder... no quiero yo
perder de vista a la reina.

Escena XIV

DON DIEGO, FERNÁN GUTIÉRREZ, GUERREROS.

DIEGO
¡Silencioso estáis! ¿Qué es esto?
Vos, a quien sin duda esperan
grandes dones en albricias
de ese mensaje, ¿con muestras
de pesar, Fernán Gutiérrez,
escucháis la elección nuestra?

GUTIÉRREZ
¡De pesar! ¿Estáis en vos?
Si en mi poder estuviera,
no de Castilla, del mundo
le hiciera rey.

DIEGO
¡Altas prendas
dignas del trono le adornan!
Y yo, que en reconocerlas
soy el primero, por fin
he consentido en la empresa.
Porque ya veis... del recinto
en que custodio a su alteza,
con hombres de armas seguros

guardadas tengo las puertas
y en vano al niño intentarían
arrancarme con violencia.
Mas como el bien de Castilla
tal sacrificio me ordena,
resuelto estoy a entregarlo.
Y cuando el infante sepa
que a mí me ha debido el trono...

(Uno de los cuatro guerreros ha ido acercándose y dice en voz baja a don Diego:)

GUERRERO

Te hará cortar la cabeza.

(Álzase la visera: es don Fernando.)

DIEGO

¿Cómo? ¿Qué?... ¡Oh Dios! ¡El infante!

FERNANDO

¡Silencio!

DIEGO

¡Señor!...

FERNANDO

Si entregas
al príncipe, y yo soy rey,
ya sabes lo que te espera.

DIEGO

¡Pues cómo!... ¿Os negáis?...

FERNANDO

¡Silencio!

Entra al punto, y di a la reina
que en este instante, aquí mismo,
hay quien hablarla desea.
Y advierte que, aunque me has visto,
no me has visto. -Marcha apriesa.

(Don Diego, turbado y trémulo, se va por la derecha.)

Escena XV

DON FERNANDO, FERNÁN GUTIÉRREZ, GUERREROS.

FERNANDO

A tiempo, Fernán Gutiérrez,
llegamos por dicha nuestra.
Dios me ha inspirado. -Si tardo
un día más, la violencia
se consuma.

GUTIÉRREZ

¡Y todavía
quién sabe si a contenerla
bastaréis! -Los grandes quieren
llevar a cabo la empresa
esta misma noche. El ayo
del rey es débil: la reina,
más débil aún, consiente
en ausentarse: las fuerzas
que esperáis, o no vendrán,
o vendrán tarde...

FERNANDO

No creas
que fray Vicente Ferrer
mi mensaje desatienda.

GUTIÉRREZ

¿Y si no llegó a sus manos?
¿Y si la alevosa diestra
que dio muerte al arzobispo
también en él se ensangrienta?
¿Qué haréis solo contra tantos?
¿Qué arbitrio entonces os queda?

FERNANDO

¿Qué es esto, Señor? ¿Los tronos
que colocaste en la tierra
a merced de sus vasallos
así abandonados dejas?
No es tu voluntad divina,
no es tu omnipotente diestra,
sino el mundano interés
de pasiones turbulentas
quien alza y hunde a su antojo
reyes que en tu nombre reinan.

GUTIÉRREZ

Quizá es voluntad del cielo.
Lo pide Castilla entera.
¡Voz del pueblo es voz de Dios!

FERNANDO

Aunque lo pida: aunque sea
conveniente al bien del reino
que yo a sus instancias ceda,
de más provecho será
dejar a las venideras
edades esta lección.
No quiero que un tiempo venga
en que, su ambición dorando
con mentidas apariencias,
príncipes usurpadores
invocar mi ejemplo puedan.
¡No ha de ser, viven los cielos!
Y pues mis derechos huellan
los rebeldes de Aragón,
y a un usurpador elevan
a aquel trono que era mío;
este que la providencia
bajo mi amparo coloca
no pasará por la afrenta
de sufrir de sus vasallos
la vergonzosa tutela.

GUTIÉRREZ

Alguien viene.

FERNANDO

(Calándose la visera.)

Ella tal vez...

GUTIÉRREZ

La misma.

FERNANDO

Guarda esas puertas,
y dame con tiempo aviso
si ves que alguno se acerca.

(Fernán Gutiérrez se va por la galería derecha llevándose los hombres de armas; y durante la escena que sigue se les verá aparecer de cuando en cuando a lo lejos, como vigilando la entrada.)

Escena XVI

DON FERNANDO, LA REINA.

(La reina sale por la puerta de la derecha, impaciente y recelosa: ve a Fernán Gutiérrez y los guerreros desaparecer, y se para amedrentada.)

LA REINA

¿Quién por mí preguntaba?... -¡Mas qué es esto!...

¡Fernán Gutiérrez! ¡Me dejáis a solas
con un desconocido!... ¿Qué designios?

(A don Fernando.)

¿Quién sois? ¿Qué me queréis?...

FERNANDO

(Alzándose la visera.)

Yo soy, señora.

LA REINA

¡Vos! ¡El infante aquí!

FERNANDO

(Con misterio.)

¡Callad!

LA REINA

¡Dejaos

de fingimiento ya! La negra historia
de mi desdicha y vuestro crimen leo.

No podéis la impaciencia que os devora
más tiempo reprimir, ni allá en el campo
la noticia aguardar de mi deshonra.

Fuerza es pedir a la ambición sus alas

y a Toledo volar; que perezosa

la fe del condestable tantos días

la urgente empresa consumir demora.

¡Culpable lentitud! -Mas vos llegasteis,

y su tibieza en frenesí se torna.

Preséntase a su reina, la amenaza;

al guardador del rey, astuto compra;

y al hijo y a la madre en esta noche
del trono y de Castilla nos arroja.
¿Dudabais de su celo? ¡Ah! ¡Sois injusto!
Es vuestro amigo y como tal se porta.
Nada os queda que hacer. Vos, no lo extraño,
quizá a saberlo de mi propia boca
impaciente venís... ¿Y a qué cubierto
de férreo casco, de acerada cota?
No es este el campo de Montiel, ni el cetro
que venís a usurpar la valerosa
diestra de un rey batallador empuña,
ni guerrera falanje le custodia.
Un inocente niño es quien le tiene,
y una mujer quien le defiende sola...
-¡No le defiende, no!... No es necesario
que otra vez por reinar la sangre corra.
-¡Ahí tenéis ese trono que os halaga!
Con placer os le dejo, y a remotas
tierras me ausento con el hijo mío,
que es mi tesoro, mi ambición, mi gloria.
¡Adiós, hermano, adiós! ¿Estáis contento?
Vednos partir: ¡gozaos en vuestra obra!

FERNANDO

En la vuestra diréis, que no en la mía.
¡Débil mujer, que tímida se postra
y, al peligro menor, de madre y reina
los sagrados deberes abandona!
¿Qué sería de vos, de vuestro hijo
qué sería sin mí? -Cuando a Segovia
dejasteis ambos y en Toledo entrabáis,
los grandes me ofrecían la corona;
y yo la rechacé. -Con altos gritos
me aclamaba por rey la hueste toda:
yo le impuse silencio, y contra el moro
me la llevé a lidiar.

LA REINA

¡Cielos!

FERNANDO

Con pronta
marcha me alejo; y desde el campo envío
un secreto mensaje a Zaragoza,
pidiendo a fray Vicente que al justicia
hombres de armas demande, y a mi costa

vengan a las murallas de Toledo
y mi mandato aguarden. -La derrota
sigo entretanto del alarbe; gano
la villa de Antequera, y con victorias
distraigo a mis guerreros. -A Sevilla
finjo luego partir; y entre la escolta
de escogidos jinetes que aquí envió,
de la nueva del triunfo portadora,
disfrazado me oculto. En este alcázar
consigo penetrar; y aquí en persona
quiero esperar la aragonesa hueste;
y cuando el son de las trompetas oiga,
a su frente ponerme, de los grandes
desbaratar las pretensiones locas,
humillar su poder, y al hijo vuestro
coronar.

LA REINA
¡Dios eterno!

FERNANDO
Y vos, señora;
vos, que depositaria sois conmigo
de su herencia real; vos, defensora
de sus derechos; vos, que sois su madre...
¿Qué habéis hecho de él? -Ceder medrosa,
consentir en sacrílegos proyectos,
llorar, huir, quitarle la corona.

LA REINA
Salvar su vida.

FERNANDO
El suelo castellano
no engendra regicidas.

LA REINA
A la sombra
del patrio amor que hipócritas afectan,
la acción más negra llamarán heroica.
Aún recuerdo sus fieras amenazas,
su duro acento, sus miradas torvas...
¡Ay, yo he temblado por el hijo mío!...
Si me niego a partir, nada se logra:
esta noche le arrancan de mi lado...
Y capaces serán... ¡Ah!, ¿qué me importa

el trono, la ambición?... Yo con mi hijo
en dondequiera viviré dichosa...
y él lo será conmigo. -¿Qué le falta,
si las caricias de su madre goza?

FERNANDO

¿Qué le falta, decís? -Pluguiese al cielo
que esa inocencia en que le veis ahora
eternamente conservar pudiera,
cual conserva la flor su blando aroma.
Edad feliz, en que el hogar paterno
es nuestro mundo, y lo demás se ignora;
en que un beso de amor enjuga el llanto
que solamente de los ojos brota,
y no del corazón... Mas ¡ay! que pronto
el huracán de las pasiones sopla
y, por su aliento abrasador marchita,
la flor de la inocencia se deshoja.
Cuando ese niño en varoniles años
sienta la regia sangre generosa
en sus venas hervir; cuando esos lazos
en que hoy le sujetáis brioso rompa,
y desdeñando juegos infantiles,
arda en su corazón ansia de gloria;
«Tú no naciste, le dirá la fama,
en esa humilde condición que ahoga
tus ímpetus magnánimos; un trono
heredaste al nacer: si de él ahora
para siempre arrojado te contemplas,
de tu madre y no más la culpa es toda.»
A vos entonces lanzará sus quejas;
verá en vos la ocasión de su deshonra:
huirá de vos; maldecirá en secreto
la dura humillación que le sonroja,
y acaso... acaso os aborrezca un día.

LA REINA

¡Aborrecerme! ¡Oh Dios!...

FERNANDO

Ya veis, señora,
que si cobarde abandonáis el trono
y apeláis a esa fuga vergonzosa,
nada salváis en recompensa, nada...
¡Ni el cariño filial! -¡No más zozobras!
¡No más debilidad! -Sed madre al menos.

Aquí tenéis un brazo que os apoya.
No os pido yo que a sobrehumano esfuerzo
os elevéis con resistencia heroica;
corto tiempo no más, cortos instantes:
la hueste de Aragón en breves horas
veréis aquí; y entonces vuestro hijo
por vos el trono paternal recobra.
Y cuando vos podáis decirle un día:
«Me lo debes a mí...» ¡Cuán orgullosa
recibiréis en vuestro seno el llanto
de gratitud que de sus ojos corra!

LA REINA

Dejad, dejad que mi razón comprenda
lo que escuchando estoy de vuestra boca.
¡Es sueño! ¡Es ilusión!... ¿Os dan un trono,
y vos lo despreciáis?... ¿Y que me oponga
a vuestra elevación queréis vos mismo?
¡Alma sublime!... A vuestros pies se postra
esta mujer, que de su vil sospecha
vuestro perdón con lágrimas implora.

FERNANDO

¡Señora!...

LA REINA

No; dejadme que os admire,
que tan alta virtud contemple absorta.
¡Ya comprendo el empeño de los grandes!...
Lo comprendo... ¡Y lo aplaudo! -A vos os toca
con justicia ceñir, no de Castilla,
sino del mundo entero la corona.
¡Reinad, señor, reinad! -Yo al hijo mío
sabré decirle: humíllate y adora
la voluntad del cielo, que en tu trono
un modelo de príncipes coloca.

FERNANDO

¡Tristes tiempos son estos, en que sólo
cumplir la obligación virtud se nombra!
Cumplid la vuestra como madre y reina,
y a Dios dejad que lo demás disponga.
Mientras vos al amor de sus vasallos,
a la justicia, a las virtudes todas,
formáis el corazón del tierno niño,
yo domaré a esos grandes que blasonan

de alzar la frente a par de sus monarcas.
Yo un trono fundaré, cual firme roca
en tempestuoso mar, donde se estrellen
de la ambición las impotentes olas:
yo haré, en fin, que de hoy más y para siempre
un solo rey Castilla reconozca.

LA REINA

¿Qué nuevo aliento vuestra voz me infunde?
¿Qué brío es este que mi pecho cobra?
Otra me siento ya... Veréis cuán firme,
si aquí de nuevo sus instancias doblan,
sé resistir... -¡Dios mío!

(Con una exclamación de espanto.)

FERNANDO

¿Qué os asusta?

LA REINA

¡La noche! ¡Sí! Mirad que esta es la hora
en que deben venir, y si no cedo,
el hijo mío sin piedad me roban.

FERNANDO

¡Otra vez el temor!...

LA REINA

¡Hijo adorado!...
¿Cómo salir de aquí? -Los que custodian
las puertas del alcázar obedecen
la voz del condestable. -¡Oh Dios!, ¡qué pronta
la horrible noche se acercó! ¿Qué haremos?...
La hueste que esperáis de Zaragoza
no viene, o vendrá tarde... y si entretanto
de Diego López los traidores logran
que entregue el hijo mío...

FERNANDO

Diego López
no temáis que lo entregue.

LA REINA

¿Y si ellos osan
a viva fuerza penetrar?...

FERNANDO
Entonces,
¿no estoy yo aquí?

LA REINA
¿Quién viene?...

Escena XVII

DICHOS, FERNÁN GUTIÉRREZ.

GUTIÉRREZ
Gente asoma
por esa galería.

LA REINA
¡Ellos son!... ¡Ellos!...

FERNANDO
No desmayéis. ¡Firmeza!

(Se cala la visera y se confunde con los demás guerreros.)

Escena XVIII

DICHOS, EL CONDESTABLE, GRANDES.

LA REINA
(¡Oh Dios!)

EL CONDESTABLE
Señora,
ya que a nuestras instancias os rendisteis...

LA REINA
¡Yo! ¿Qué decís?...

EL CONDESTABLE
¿Dudáis?...

LA REINA
¿Y cuándo?...

EL CONDESTABLE

Pronta
la litera real estará en breve:
y esta noche...

LA REINA

Bien, sí: de mi persona
puedo yo responder... mas de mi hijo...
Diego López le guarda, él os responda.
Si se niega a entregarlo...

EL CONDESTABLE

No se niega.

LA REINA

¿No?

EL CONDESTABLE

Vais a oírlo de su misma boca.

(Dirígese a la puerta de la derecha, y hace llamar a don Diego.)

LA REINA

(¡Mi postrera esperanza en él se funda!
Inspírale, ¡mi Dios!, haz que desoiga
la voz de la traición.)

Escena XIX

DICHOS, DON DIEGO.

EL CONDESTABLE

Venid, don Diego.
La noche es esta en que cumplir nos toca
el grande y doloroso sacrificio
que al bienestar del reino hacer importa.
La reina cede y a partir se obliga.
A las doce vendremos, y a esa hora
también al niño entregaréis. ¿No es cierto?

DIEGO

(Mirando en derredor.)
¡Yo!...

EL CONDESTABLE

Declaradlo: que aunque a mí me consta,
hay quien duda de vos.

DIEGO

¡De mí! Yo siempre...

EL CONDESTABLE

Hablad.

DIEGO

Como la reina lo disponga...

(Ve a don Fernando, que se alza rápidamente la visera y le mira con semblante amenazador, cubriéndose en seguida.)

(¡Allí está!)

EL CONDESTABLE

¿Vaciláis?

DIEGO

No... no vacilo.

(Adelantándose y alzando la voz.)

Yo prometo cumplir... ¡todos me oigan!,
lo que en este lugar... hace un instante,
se ha exigido de mí.

LA REINA

¡Cruel!

DIEGO

¡Señora!...

Mi cabeza responde...

LA REINA

¡Ah, sí! ¡Lo entrega!...

EL CONDESTABLE

A las doce.

LA REINA

¡Las fuerzas me abandonan!

(Cae desmayada en un sillón.)

ACTO TERCERO

El mismo salón del acto segundo. Es de noche: hay una lámpara en la mesa.

Escena I

DIEGO.

¡Ambición!... ¡Loca ambición!...
En duro trance me pones.
Nunca de mí se acordara
el buen rey, que de Dios goce.
Si al infante no obedezco,
si ayudo a los ricoshombres,
me pierdo: pues el infante,
rey o regente se nombre,
siempre ha de ser quien nos mande:
y aunque la corona tome
con gozo, querrá que el mundo
por justiciero le elogie;
y, no hay duda, el guardador
es la víctima que escoge...
¡Dios tenga piedad de mí!...

Escena II

DICHO, DON FERNANDO, FERNÁN GUTIÉRREZ, *que salen por la galería izquierda.*

DIEGO Señor... van a dar las doce...
y vendrán, y yo no sé
qué responder a esos hombres
cuando el niño me reclamen...

FERNANDO

Lo que el deber os impone.
Que sois guardador del rey,
y que vuestro honor responde
de su trono.

DIEGO

Y si la reina,
que en partir está conforme,
pretende entrar, ¿le diré
que os he entregado esta noche

su hijo, y que vos lo habéis
ocultado... no sé dónde?

FERNANDO

Si tal decís; si se sabe
que estoy en Toledo, ¡pobre
de vos!

DIEGO

Puesto que a la reina
no me dejáis que la informe
de que os llevasteis el niño,
¿tenéis, señor, intenciones
de aceptar por fin el trono?

FERNANDO

Don Diego, nada os importe
lo que yo he de hacer: andad,
y no olvidéis esta orden.
La puerta de ese aposento
custodiar os corresponde,
de modo que todos ellos
y aun la misma reina ignoren
que ya el niño no está allí.

DIEGO

Pero, ¿y si entrar se proponen
a la fuerza?

FERNANDO

Ballesteros
tenéis que la entrada estorben.

DIEGO

Y si trajeren los suyos,
¿qué hago?

FERNANDO

Morir como noble.

DIEGO

(¡Nunca de mí se acordara
el buen rey, que de Dios goce!)
(Se entra muy turbado por la puerta derecha.)

Escena III

DON FERNANDO, FERNÁN GUTIÉRREZ.

FERNANDO

¿Conque podemos fiar
en ese alcaide?

GUTIÉRREZ

Es mi deudo:
nadie puede suponer
que escondido en su aposento
el niño don Juan está;
y el alcaide, yo os prometo
que antes perderá la vida
que revelarlo.

FERNANDO

Estoy viendo
tales cosas en Castilla,
Fernán Gutiérrez, que pienso,
¡vive Dios!, que a responder
de mí mismo no me atrevo.

GUTIÉRREZ

Confuso os miro, señor.
Con misterioso silencio
me mandáis que os acompañe,
y de poder de don Diego
sacáis a vuestro sobrino
para ocultarlo de nuevo
en esa secreta estancia,
y me calláis vuestro intento.
¿Dudaréis también de mí?

FERNANDO

No.

GUTIÉRREZ

Ya sabéis que son vuestros
mi voluntad y mi brazo.
¿Qué queréis? ¿Que proclamemos
a don Juan? -Contad conmigo.
¿Queréis empuñar el cetro?
Contad conmigo también.

FERNANDO

Lo sé. -Y a vos, compañero
inseparable y amigo,
que desde mis años tiernos
juez de mis acciones todas
y hasta de mis pensamientos
constantemente habéis sido;
a vos revelaros puedo
la lucha terrible, atroz,
que está trabada en mi pecho.
Fernán Gutiérrez, vos sois
testigo de mis esfuerzos
por conservar la corona
al legítimo heredero.
A la amotinada hueste
sabéis que impuse silencio
y alejé de aquí: sabéis
que por instantes espero
gentes de armas de Aragón...

GUTIÉRREZ

¡Que ya tardan!...

FERNANDO

¡Bien lo veo!
Sabéis que en tanto que llegan
aquí he venido encubierto
a velar por mi sobrino,
a defender sus derechos.
Y en fin, sabéis que mi mente
nunca manchó el vil proyecto
de traidora usurpación.

GUTIÉRREZ

¡Ah, señor!...

FERNANDO

Pues bien; yo siento
en mi interior una voz
que me turba. -¿Es voz del cielo
que mis sentidos despierta
y de su círculo estrecho
los eleva a otra región
de más altos pensamientos?...
¿O es voz del infierno acaso

que con sonos halagüeños
quiere atraerme al abismo?...
¡No sé!... ¡no sé! -Pero es cierto
que más alto cada vez
me está gritando aquí dentro:
«Tú de virtudes privadas
vas a dar un alto ejemplo;
pero ¿acaso las virtudes
que Dios a un príncipe ha impuesto
son las mismas que a un vasallo?
No; que tu deber primero
es atender a Castilla,
aunque tengas para hacerlo
que inmolar tu rectitud
a la salvación del reino.»
Esto escucho

GUTIÉRREZ

¿Y vos, señor?...

FERNANDO

Yo, Hernando, vacilo y tiemblo.
Para salvar a Castilla,
¿qué apoyo hallar me prometo
en esa infeliz mujer
que ha de partir el gobierno
conmigo? -Ya la habéis visto
tímida, débil, cediendo
a la más leve amenaza.
Visteis también el empeño
con que estorbar intentó
que saliese de Toledo
contra el ejército infiel;
negando su asentimiento
para pedir a las Cortes
el servicio, y permitiendo
que yo de mis propias rentas
sustentase a los guerreros.
¿Y he de gobernar así?...
¿O he de abandonar el puesto
y ver impasible hundirse
el trono de mis abuelos?...

GUTIÉRREZ

¡Razón tenéis! -Y pues ya
vuestro designio penetro,

diré a los grandes...

FERNANDO

¡Tened!

GUTIÉRREZ

¿Dudáis?

FERNANDO

Es que al propio tiempo
allá en el fondo del alma
otra voz en ronco acento
me repite sin descanso:
«¡Usurpador!» -Y es el eco
de la voz de fray Vicente,
que desde el cercano reino
de Aragón ya me parece
que está en mi mente leyendo,
y que lanza sobre mí
la maldición de los cielos.

GUTIÉRREZ

Pues si aún vaciláis, señor,
¿cuál ha sido vuestro objeto,
decidme, en apoderaros
de don Juan?

FERNANDO

Es que no quiero
que se resuelva su suerte
y la suerte de este imperio
por flaqueza de la reina
o por traición de don Diego.
Él lo entrega: ella sucumbe
si la amenazan de nuevo.
Teniendo el niño en mis manos,
será el fin de este suceso
obra de mi voluntad;
mío el lauro, o mío el yerro.

GUTIÉRREZ

¿Y esa voluntad cuál es?

FERNANDO

No lo sé, ¡viven los cielos!
Hacer feliz a Castilla...

dejar a mi hijo un cetro
en recompensa de aquel
que le ha robado el perverso
usurpador de Aragón...
Caiga el anatema eterno
sobre él... Desplómese el trono
bajo su planta; y en fuego
de la diadema real
se trueque el dorado cerco
que abraza la frente vil
de ese tirano soberbio.
¡Justo Dios!... ¿Y yo he de hacer
lo mismo que en él condeno?
Las fieras imprecaciones
que estoy aquí profiriendo
son las que ese niño un día
lanzará desde el destierro
contra mí... contra mis hijos...
¡Infamia atroz! ¡Me estremezco!
¡Y esa gente de Aragón
que no llega! ¡Este silencio
de fray Vicente, que nada
me ha contestado!...

GUTIÉRREZ

Y el tiempo
vuela, señor... esta noche
es forzoso resolveros.
La hora se acerca; y en breve
vendrán aquí... -Pasos siento...
¡Ellos serán!..

(Mirando por la galería derecha.)

Ellos son.
¿Qué resolvéis?

FERNANDO

Esperemos.
(Se va por la galería izquierda.)

Escena IV

FERNÁN GUTIÉRREZ, DON FADRIQUE, EL OBISPO, GRANDES, *que salen por la galería derecha.*

FADRIQUE

Esta es la sala, señores.
Aquí con el mensajero
del rey de Aragón, en breve
al condestable veremos.

UN GRANDE

¿Quién está allí?

OTRO GRANDE

Es el valido
del infante.

OTRO GRANDE

Cierto.

OTRO GRANDE

Cierto.

OTRO GRANDE

Fernán Gutiérrez; no hay duda.

FADRIQUE

Guárdeos Dios.

GUTIÉRREZ

Salud deseo
al conde de Trastamara.

UN GRANDE

Conque ya veis, esto es hecho.
Vais a llevar al infante
la nueva de este suceso,
y a noticiarle que es rey
de Castilla.

FADRIQUE

Y fuera bueno
que le añadierais también,
porque no se olvide de ello,
que lo es por elección
de los grandes.

UN GRANDE
¡Por supuesto!
¡Cómo ha de olvidarlo nunca!

FADRIQUE
Y si acaso llega un tiempo
en que lo olvide, nosotros
recordárselo sabremos.

UN GRANDE
Ya están aquí.

Escena V

DICHOS, EL CONDESTABLE, EL CONDE DE URGEL, *que salen por la galería derecha.*

EL CONDESTABLE
Ricoshombres
de Castilla, aquí estáis viendo
al ilustre aragonés
que viene con el intento
que ya os dije. -Mas oíd:
si la salvación del reino
reclama este sacrificio,
vea el mundo que lo hacemos
respetando el infortunio;
y que cumplimos a un tiempo
como buenos castellanos
y leales caballeros.

(Al conde de Urgel.)

Antes, pues, que en vuestras manos
al tierno niño entreguemos,
jurad como embajador,
y en nombre de vuestro dueño
don Jaime, conde de Urgel...

URGEL
Del rey de Aragón.

EL CONDESTABLE
Es cierto:

del rey de Aragón. -Jurad,
cual si lo jurara él mismo,
que don Juan será por él
tratado con el respeto
debido a su regia cuna.

URGEL
Lo juro.

EL CONDESTABLE
También queremos
que en su nombre nos juréis
que no intentará ponerlo
en el trono de Castilla
por fuerza de armas, a menos
que el rey don Fernando intente
hacer valer sus derechos...

URGEL
¡Sus derechos no! Sus locas
pretensiones.

EL CONDESTABLE
Lo concedo:
sus pretensiones al trono
de Aragón por igual medio.

FADRIQUE
O también cuando nosotros
se lo exijamos, si el nuevo
rey se negase a guardarnos
las franquicias y los fueros
que a los grandes corresponden.

URGEL
Así lo juro.

EL CONDESTABLE
Y yo acepto
en mi nombre, y el de todos,
tan solemne juramento.
Ahora bien, Fernán Gutiérrez,
entrad y decid, os ruego,
a la reina que aquí aguardan
se digne favorecerlos
con su presencia los grandes

reunidos.

(Fernán Gutiérrez saluda y entra por la puerta izquierda.)

Escena VI

DICHOS, *menos* FERNÁN GUTIÉRREZ.

EL CONDESTABLE

(Al conde de Urgel.)

Esto es hecho.

Al dar las doce el reloj
de la torre, un escudero
marchará con orden vuestra
a hacer que entren en Toledo
los jinetes que trajisteis,
porque, escoltados con ellos,
en la litera real
partáis los tres con silencio;
y al nuevo sol, proclamamos
a don Fernando ante el pueblo.

Escena VII

DICHOS, LA REINA, FERNÁN GUTIÉRREZ.

(Fernán Gutiérrez sale por la puerta izquierda y da paso a la reina, que al ver a los grandes se para.)

LA REINA

¡Ay! ¡Aquí están!... ¡Ellos son!...
Se acerca el terrible instante...
¡Y no parece el infante!...
¡No llegan los de Aragón!
Cuando en él, y sólo en él
para resistir confío,
así me deja, ¡Dios mío!
¡Incertidumbre cruel!
¿Y cómo me respondió
de la lealtad de don Diego,
si yo misma escuché luego
que aquí don Diego ofreció

que a mi hijo entregaría?
¡Me confundo! -¿Y qué hago ahora?...
¡Gran Dios! ¡Va a sonar la hora!...
Redoblarán su porfía...
¿Y cómo hacer resistencia,
si nadie en mi apoyo viene?...

URGEL

(A los grandes, que están en el lado opuesto.)
Acabemos... ¿Qué os detiene?

EL CONDESTABLE

Confieso que la presencia
de esa mujer desgraciada,
que fue reina de Castilla
y de su reino y su silla
se ve en un punto arrojada,
en tan solemne momento
conmueve mi corazón,
y al contemplar su aflicción
enternecido me siento.

(Al obispo.)

De vos, don Sancho, quizá,
cual ministro del Señor,
con resignación mayor
la propuesta escuchará.
Tomad.

(Le presenta un pergamino.)

SANCHO

No, que a toda ley
a vos os toca, ¡por Dios!
Sois el condestable vos,
testamentario del rey...
Y además: que en esta empresa
sois quien la voz ha llevado,
y así...

URGEL

¡Basta de altercado!
¡Timidez extraña es esa!
Dadme.

(Quiere tomarlo.)

EL CONDESTABLE

Eso no. -Un extranjero
no le ha de imponer la ley
a la viuda de mi rey.
Iré yo mismo primero,
(*Se acerca a la reina.*)
¡Señora!...

LA REINA

¡Llegó la hora!...
¿Vais la infamia a consumir?
¡Oh Dios!...

EL CONDESTABLE

Si os dignáis mirar
nuestros semblantes, señora,
ellos os podrán decir
que, al dar este triste paso,
lo sentimos tanto acaso
cual vos lo podéis sentir.
Mas este duro servicio
demanda el público bien.
Mostraos grande vos también:
consumad el sacrificio.

LA REINA

¿Tan pronto queréis que sea?

EL CONDESTABLE

Dentro de breves instantes
debéis partir. -Pero antes,
y para que el mundo vea
que vos, como así es verdad,
atenta al común sosiego,
os rendís a nuestro ruego
con entera voluntad,
será cuerda prevención...

LA REINA

¿Qué?

EL CONDESTABLE (*Presentándole el pergamino.*)

Que pongáis vuestra firma
en esta acta que confirma
vuestra magnánima acción.

LA REINA

¡Mi firma!... ¿Y qué dice ahí?

EL CONDESTABLE

Nada dice que os asombre:
lo que ya sabéis. En nombre
de don Juan decís aquí
que con entero albedrío
renunciáis a la corona,
cediéndola en la persona
de don Fernando su tío.

LA REINA

¿Yo?... ¡Nunca!... ¡Jamás!...

EL CONDESTABLE

¡Señora!...

LA REINA

¡Hasta aquí pudo llegar!

EL CONDESTABLE

Pues ¿qué os importa firmar
lo que vais a hacer ahora?

FADRIQUE

¿En tan poca estimación
la fama vuestra tenéis,
que en esa firma no veis
salvada vuestra opinión?
¿Preferís que el mundo diga,
si no firmáis ese escrito,
que algún oculto delito
en vos el reino castiga?

LA REINA

¡Hable el mundo!... ¡Yo me río
de cuanto pueda creer!
Lo que no quiero es perder
el amor del hijo mío.
Sin ese escrito cruel,
donde al ver mi firma es llano
que maldecirá la mano
que le arrojó del dosel,
quizá consiga yo un día
que disculpe mi flaqueza

pintando vuestra fiereza,
haciendo que mi porfía
más firme y tenaz parezca,
mi constancia encareciendo...
En fin, mintiendo, mintiendo,
para que no me aborrezca.
¿Queréis en mi corazón
con esa horrible venganza
matar hasta la esperanza
de conseguir mi perdón?

EL CONDESTABLE

Si decirle os proponéis
que con violencia tan cruda
de aquí os echamos, ¿quién duda
que añadir también podréis
que a firmar se os obligó
usando de igual violencia,
sin que vuestra resistencia
fuera bastante?...

LA REINA

¡Eso no!
Vosotros tenéis poder
para arrojar fácilmente
del trono a un niño inocente
y a una infelice mujer,
seres que el cielo abandona,
y de vuestra fuerza usando
sacarlos de aquí arrastrando
y robarles la corona.
Pero no hay poder humano
que al ente más débil venza
a que su oprobio y vergüenza
trace con su propia mano.

EL CONDESTABLE

Reina, por piedad, no así
dejéis el tiempo pasar;
y sabed que sin firmar
no habéis de salir de aquí.

LA REINA

¡Nunca saldré!

EL CONDESTABLE

Bien está:
nadie os forzará, señora:
vos no saldréis, en buen hora:
mas vuestro hijo saldrá.

(Hace ademán de dirigirse hacia la puerta de la derecha.)

LA REINA
¡Mi hijo!... ¡No!... ¡Deteneos!...

EL CONDESTABLE
Sólo le veréis partir,
pues os negáis a cumplir,
señora, nuestros deseos.

LA REINA
¡Hombres viles!... -Digo mal:
hombres no: tigres seréis,
que un hijo robar queréis
del regazo maternal...

EL CONDESTABLE
Nunca fue tal nuestro intento:
mas vos lo queréis...

LA REINA
¡Yo!

EL CONDESTABLE
Vos;
y a nuestro pesar...

LA REINA, *ap.*
(¡Gran Dios!...
Acaso en ese aposento
a guardar al hijo mío
el infante se ocultó,
y no abrirá.)

EL CONDESTABLE
¿Firmáis?

LA REINA
No.
(En su protección confío.)

(El condestable, oída la repulsa de la reina, se llega a la puerta de la derecha y llama.)

EL CONDESTABLE ¡Diego López!

(La reina tiene fijos con ansiedad los ojos en la puerta; ábrese ésta, y aparece Diego López.)

Escena VIII

DICHOS, DON DIEGO.

DIEGO

Vedme aquí.

LA REINA

¡No es él!... ¡No es él! ¿Dónde está?

¡Mi esfuerzo se agota ya!

¿Qué más exige de mí?)

EL CONDESTABLE

Don Diego, llegó el momento.

Juntos aquí estáis mirando

a los grandes, esperando

el exacto cumplimiento

de la palabra que disteis.

A don Juan nos entregad.

DIEGO

Pronto estoy... Mas recordad

que a las doce me dijisteis.

(Ganar tiempo me conviene...

Imposible es la defensa...

Pero el infante ¿en qué piensa,

que en tal conflicto me tiene!)

EL CONDESTABLE *(A la reina.)*

Ya lo oís: cortos instantes

os restan de vacilar.

Las doce van a sonar.

LA REINA *(Con desesperación.)*

Quizá mis sollozos antes,

mis gemidos de dolor,

llenando el lóbrego espacio,

del fondo de este palacio
me traigan un defensor.
¿Pensáis que a ese inicuo bando
no hay hombre que ponga miedo?
Aún hay alguno en Toledo...
que quizá me está escuchando.
Noble y leal corazón
en cuya virtud aún creo,
ven a lograr el trofeo
de esta generosa acción.
Ven, acude antes que suene
la hora fatal en mi oído...
(*La campana del alcázar da las doce.*)
¡Ay!... ¡Las doce!

DIEGO
(Soy perdido.)

LA REINA
¡Nadie en mi defensa viene!

EL CONDESTABLE
¿Don Diego, oís? -Vamos presto.

LA REINA
Aguardad...

EL CONDESTABLE (*A la reina.*)
No nos sigáis.

LA REINA
¡Tened!... ¡tened!...

EL CONDESTABLE
¿Qué mandáis?

LA REINA
Dadme ese escrito funesto.

EL CONDESTABLE Tomad.
(*Se acerca a ella y le presenta el pergamino.*)

LA REINA
Ya es fuerza que ceda...
(*Firma y se lo devuelve.*)
Ahí tenéis. -Hijo querido,

perdón... todo lo has perdido...
sólo tu madre te queda.

(Entra precipitada por la puerta de la derecha.)

Escena IX

DICHOS, *menos* LA REINA.

EL CONDESTABLE
¡Al fin triunfamos! Tomad,
Fernán Gutiérrez, y así
que los dos salgan de aquí,
a los reales marchad.

(Le entrega el pergamino.)

Escena X

DICHOS, UN ESCUDERO.

ESCUDERO
Señor, un fuerte escuadrón
a las puertas se presenta
y entrar en Toledo intenta.

URGEL
¿Es de Aragón?

ESCUDERO
De Aragón.

EL CONDESTABLE *(Al conde de Urgel.)*
El vuestro será...

URGEL
No hay duda.
De mi prolija tardanza
receloso, aquí se lanza
a darme amparo y ayuda.

EL CONDESTABLE

Andad pronto; que entre luego.

(Al escudero, que se va.)

Id vos, y vuestra presencia
logre calmar su impaciencia.

(Al conde de Urgel, el cual se va, calándose la visera.)

Entremos. -Venid, don Diego.

(Entran por la puerta de la derecha, llevándose a Diego López, que los sigue con la mayor turbación. Así que desaparecen, se dirige Fernán Gutiérrez a la galería izquierda, y sale por ella don Fernando.)

Escena VI

FERNÁN GUTIÉRREZ, DON FERNANDO.

FERNANDO

¿Firmó?

GUTIÉRREZ

Firmó: vedlo aquí.

(Le entrega el pergamino.)

FERNANDO

Mano tan débil que firma
este escrito vergonzoso,
¿podrá regir a Castilla?

GUTIÉRREZ Vuestro tesón ya es inútil.

Todo a que cedáis conspira.

Perded, señor, la esperanza
de que Aragón os asista
con gentes de armas.

FERNANDO

¿Por qué?

GUTIÉRREZ

Porque un emisario envía
para alentar a los grandes
a que la corona os ciñan.

FERNANDO

¡Justo Dios!...

GUTIÉRREZ

Amedrentado
don Diego les facilita
la entrada, y en este instante
por las estancias vecinas
buscando al niño estarán.
Si despechados registran
el alcázar, si le encuentran,
y ciegos se precipitan,
roto el lazo del respeto,
a dar a su empresa cima...

FERNANDO
¿Conque no hay remedio ya?
¿Conque atajados se miran
todos los caminos, todos!...

GUTIÉRREZ
Uno os queda.

FERNANDO
Sí, el que guía
a la usurpación, al crimen,
el que mi pecho horroriza...
Y en él siento que me arroja,
aunque el alma lo resista,
una fuerza incontrastable...
¡Mas oh!... ¡Los cielos me inspiran!
Su luz resplandece... y veo
la senda por donde limpia
sabré conservar mi fama
y salvar de su ruina
el trono de mis mayores.
Tú que ves, sombra querida
de mi rey, el noble intento
que mi corazón anima,
dame tu perdón y ayuda.
Ese cetro que me obligan
a tomar, vara de hierro
será que la frente altiva
de esos soberbios quebrante...
inexorable cuchilla
que ancho camino abrirá,
regado con sangre inicua,
por donde el niño inocente
vuelva al trono de Castilla...
A ese trono en que yo mismo

he de colocarle un día...
A ese trono que mi brazo,
con la protección divina,
sabr  alzar sobre cimientos
que firmes y eternos vivan.

GUTIÉRREZ

 Oh alma grande y generosa!
Señor, la fausta noticia
corro a anunciar...

( yese a lo lejos un toque de clarín.)

FERNANDO

Aguardad.
 Qu  es eso?

GUTIÉRREZ

Es la comitiva
del enviado aragonés,
que al alcázar se aproxima
a custodiar la litera
real.

FERNANDO

 Y si Dios me envía
el auxilio que esperaba!
Fernán Gutiérrez, aprisa
bajad; y si son los míos,
dad por señal que repita
segunda vez el clarín,
y defended las salidas
del alcázar: yo os aguardo
en esa estancia contigua.

(Fernán Gutiérrez se va apresurado por la galería derecha. Don Fernando desaparece por la de la izquierda. - yense en la habitación de la derecha los gritos de la reina.)

Escena XII

LA REINA, EL CONDESTABLE, DON DIEGO, DON FADRIQUE, LOS GRANDES.

LA REINA, *dentro.*

 Asesino!  D nde est s?...

No me detengáis...

(Saliendo.)

EL CONDESTABLE *(A don Diego.)*

¿Qué indigna
traición es esta, don Diego?

LA REINA

¡Dejadme salvar su vida!
Yo le hallaré.

EL CONDESTABLE *(A don Diego.)*

¿Quién le tiene?

FADRIQUE *(Al mismo.)*

¿Quién?

LA REINA

Aunque tenga yo misma
que demoler piedra a piedra
estas murallas. -Daos prisa.
Venid. -Decidme: ¿qué ocultos
subterráneos, qué guaridas
hay aquí? ¿Dónde lleváis
a perecer vuestras víctimas?

EL CONDESTABLE

Señora, ¿qué estáis diciendo?

FADRIQUE *(A don Diego.)*

Aclarad vos este enigma.

DIEGO

No me culpéis.

LA REINA *(A don Diego.)*

Traidor, tiembla.
Va a presentarse a tu vista
el infante, que está aquí,
y a castigar tu perfidia.

TODOS

¡El infante!

LA REINA

Sí, el infante...
¡Hermano!... ¡Hermano!...

(Dando gritos.)

EL CONDESTABLE
¡Delira!

LA REINA
No responde... -Si he cedido
a vuestros ruegos sumisa,
si la renuncia he firmado,
si veis que estoy decidida
a partir, ¿qué más queréis?
Vuestro rencor necesita
verter su sangre, ¡verdugos!
-¿Por qué? -Yo a remotos climas
me iré con él... Sí, muy lejos;
donde no tengáis noticia
de su existencia siquiera...
Pero su vida... ¡su vida!...

(Cae sin conocimiento en el sillón. -Óyese más cerca el segundo toque del clarín.)

EL CONDESTABLE
¡Ese clarín!

FADRIQUE
Caballeros,
registremos con activa
diligencia este palacio.

EL CONDESTABLE
Yo entretanto la salida
haré custodiar.

FADRIQUE
Corramos.

(Dirígense a la galería derecha. Aparece a la entrada de ella Fernán Gutiérrez con soldados aragoneses, que cierran el paso, cruzando las lanzas.)

Escena XIII

DICHOS, FERNÁN GUTIÉRREZ, SOLDADOS.

GUTIÉRREZ

¡Atrás!

TODOS

¿Qué es esto?

EL CONDESTABLE

¡Qué miran
mis ojos! ¡Fernán Gutiérrez!

FADRIQUE

Mientras yo la espada ciña,
nadie mis pasos detiene.

(Todos ponen mano a la espada.)

EL CONDESTABLE

Hernando, ¿qué significa
esta traición? ¿El infante
dónde está?... ¿Quién os envía?

(Ábrese la puerta del foro y se ve el trono: don Fernando está en pie delante de la silla real: a uno y otro lado los reyes de armas con el pendón de Castilla.)

Escena XIV

DICHOS, DON FERNANDO.

FERNANDO

Ricoshombres, caballeros,
aquí vuestro rey está.

TODOS

¡Él es!

EL CONDESTABLE

¡Y en el trono ya!

FERNANDO

Envainad esos aceros.

EL CONDESTABLE

¡Cediendo a nuestro clamor,
venís el trono a ocupar!

FERNANDO

Yo vengo aquí a ejecutar
la voluntad del Señor.
¡Sí! -Con respeto profundo,
grandes, doblad la rodilla:
heraldos, gritad: ¡Castilla
por el rey don Juan segundo!

(Baja rápidamente del trono, y deja ver sentado en él al niño don Juan segundo con corona y cetro. La reina, que ha ido poco a poco volviendo en sí, da un grito y corre a abrazar a su hijo, quedando arrodillada ante el trono. Los grandes se ponen en pie.)

TODOS

¡Señor!...

FERNANDO

¡Vana resistencia!
Ya la aragonesa gente
que me envía fray Vicente
tenéis en vuestra presencia.
Mirad qué os está mejor:
si no elegís el camino
de jurar a mi sobrino
por vuestro rey y señor,
haré por Dios justiciero
escarmiento tan cruel,
que quede memoria de él.
Todos aquí, y yo el primero,
doblemos con sumisión
a sus plantas la rodilla.
(Dobla la rodilla: los grandes lo imitan.)
¡Salud al rey de Castilla!

(Fray Vicente, que ha aparecido un momento antes a la entrada de la galería derecha, se acerca a don Fernando, seguido de los grandes de Aragón, y tomando la corona real, que le presenta un paje, la coloca en la cabeza del infante.)

Escena XV

DICHOS, FRAY VICENTE.

FRAY VICENTE
¡Salud al rey de Aragón!

FERNANDO
¡Qué es esto!

FRAY VICENTE
Dios galardona
la virtud. Renunciáis vos
aquella corona, y Dios
os envía esta corona.

FERNANDO
¡Padre! ¡Es sueño!

FRAY VICENTE
No lo es.
Los nueve jueces nombrados
por los tres grandes estados
del imperio aragonés
oímos en Caspe ya
con sumisión reverente
la voz del que solamente
tronos quita y tronos da;
y el fallo solemne dando,
que el pueblo acata cual ley,
alzamos por nuestro rey
al infante don Fernando.

FERNANDO
¿Y el conde de Urgel?

FRAY VICENTE
Del trono
lanzado y del reino fue;
pero ya Aragón se ve
libre de su fiero encono.

FERNANDO
¿Cómo?

FRAY VICENTE
Llegaba mi gente
a este alcázar, y un guerrero
con ademán altanero
penetrar no les consiente.

Insisten ellos, y él
alzándose la visera:
«Yo soy», les grita; ¡y él era!

TODOS
¡Él era!

FRAY VICENTE
El conde de Urgel.
En vuestro poder está.

FERNANDO
En Aragón nos veremos.

FRAY VICENTE
Pues allá, señor, marchemos:
un trono os espera allá.

(La reina, que ha bajado a su hijo del trono, se acerca con él al infante.)

LA REINA
Permitid antes, hermano,
a esta madre, a este inocente
que su gratitud ardiente
sellen en tan noble mano.

(Quiere besársela: don Fernando se lo impide.)

FERNANDO
Esa gratitud, señora,
probádmela de otro modo.

LA REINA
Mi vida... mi sangre... todo...
¿Qué queréis?

FERNANDO
Sabréislo ahora.
Grandes, acercaos a mí.

(Los grandes, que estaban retirados, se acercan en ademán respetuoso.)

Lo que en recompensa quiero
es que en la cruz de este acero
me juréis, señora, aquí,
que por vos no ha de saber

nunca el rey este atentado:
que no empiece su reinado
empezando a aborrecer.
Si así lo hacéis, os prometo
que este escrito no verá
en que vuestra firma está.
(Presentándole el pergamino.)
Acaso celo indiscreto,
más que deslealtad traidora,
origen del yerro ha sido:
dése ya todo al olvido.
Ellos también desde ahora
en fe de sentirlo así,
juran eterna lealtad.
Señora, llegad; llegad,
amigos. -¿Lo juráis?

LA REINA y LOS GRANDES, *asiendo las manos del infante.*
Sí.

FERNANDO
De vuestros votos sinceros
salgo fiador, castellanos:
jurasteis como cristianos;
cumplid como caballeros.

(Les presenta el niño: los grandes se arrodillan ante él.)

EL CONDESTABLE
¡Castilla a don Juan se humilla!

FERNANDO
Contento parto a Aragón.

FRAY VICENTE *(Extendiendo las manos sobre ambos.)*
¡Dios eche su bendición
sobre Aragón y Castilla!

FIN